



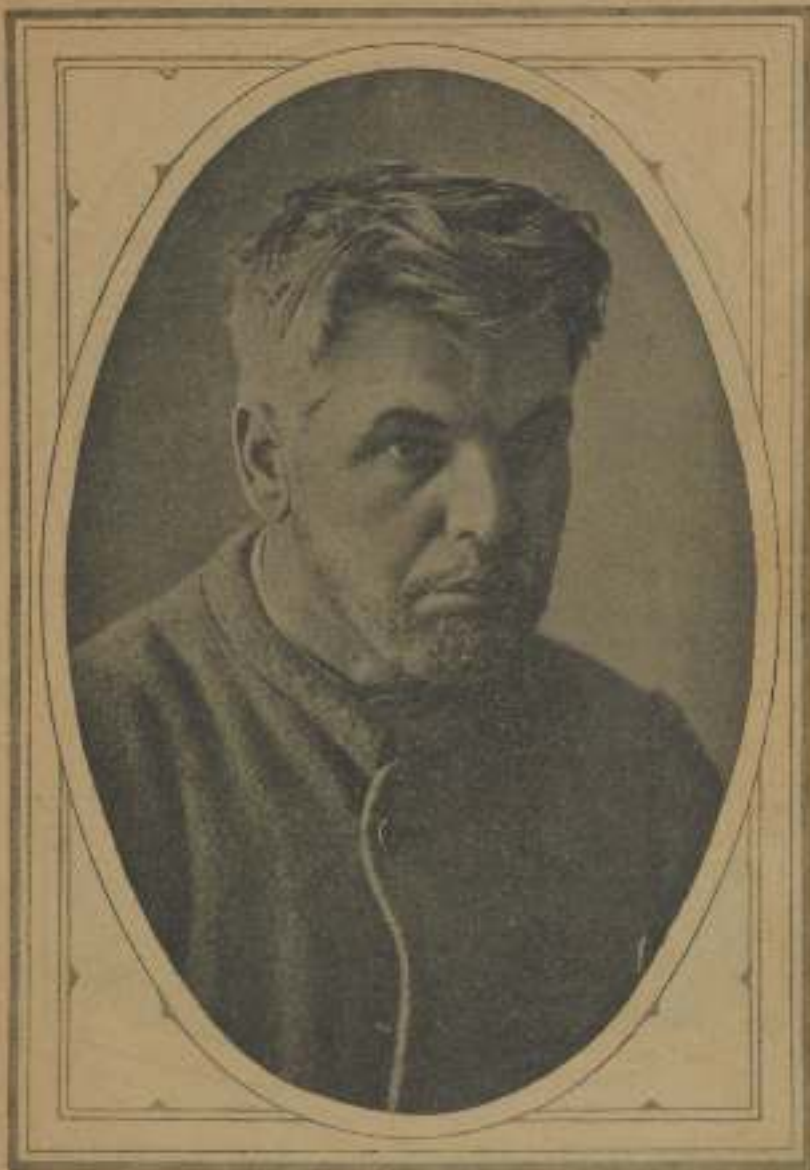
Mr. René Cresté
en el papel de

JUDEX

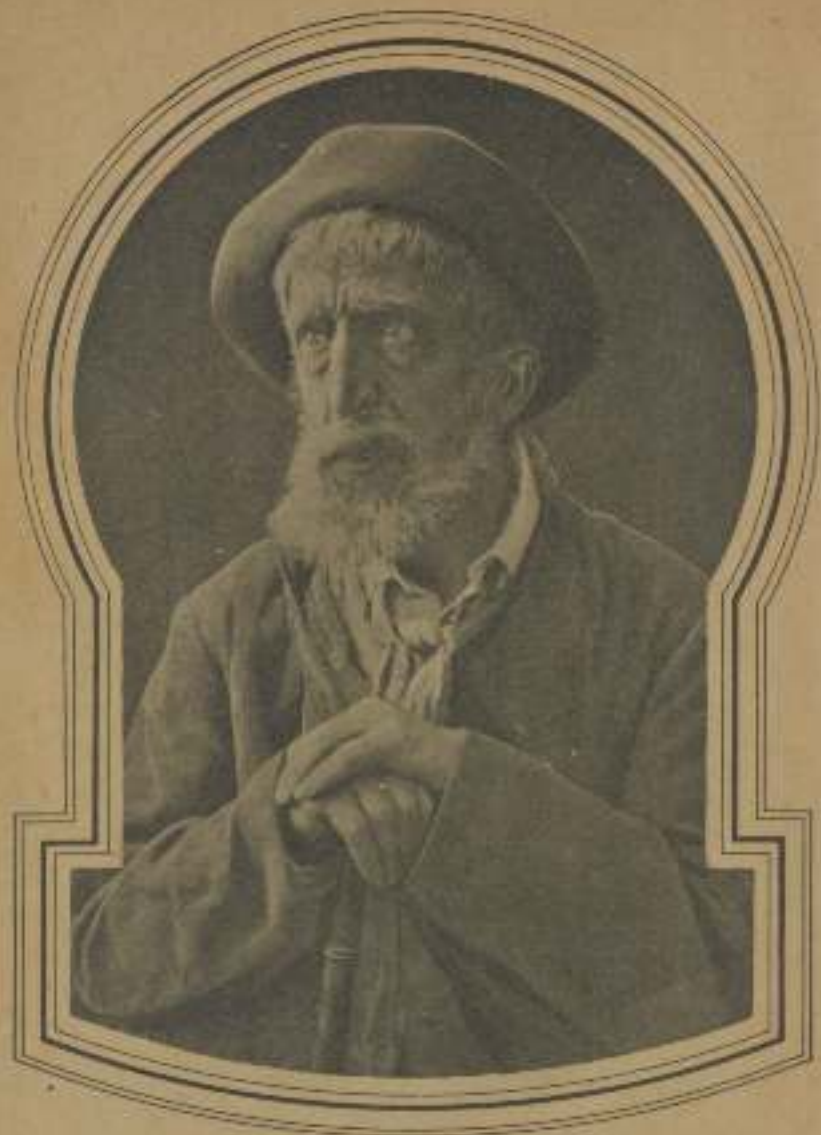


Mlle. Musidora
en el papel de

DIANA MONTI



Mr. Leubas en el papel de El banquero FAVRAUX



Mr. Michel
en el papel de

Pedro KERJEAN



JuDEX



GRAN NOVELA CINEMATOGRAFICA en 12 episodios, por Arthur BERNEDE y Louis FEUILLADE

PRIMER EPISODIO

La sombra misteriosa

EN PARIS

En un elegante entrénueño de uno de los barrios más ricos de París, vivía un joven de cierta elegancia, llamado Morales. Pero bajo las apariencias del más perfecto gentleman, en Morales se ocultaba un reincidente polígrafo, Roberto Kerjean. Con él vivía su amiga, una aventurera de su especie: Diana Monti, y ambos llevaban una vida de crápula y de lujo alimentada con el producto de no pocos timos y estafas.

Diana, linda y coqueta, ha conocido al riquísimo banquero Favranx y muy hábilmente ha sabido hacerse amar por él. Han convenido en que el financiero la hará su esposa, en cuando su hija, Blancs Aubry, viuda desde hace cuatro años, vuelva a casarse. Para poder tener a su amiga constantemente cerca de él, Favranx le ha hecho entrar en su casa en calidad de institutriz con lo que Diana Monti se ocupará, en la sucesión del nieto de éste, del encantador Juanito a quien la Sra. Aubry idolatra y en el que ha puesto todas sus esperanzas. Pero Diana Monti no se va a casar con el banquero por amor. Lo que ella codicia es su inmensa fortuna, que piensa compartir con Morales después de su boda, cuando de un modo o de otro haya conseguido desembarazarse de su molesto esposo. El plan de los dos aventureros parece estar a punto de realizarse. En efecto, el Visconde Amaury de la Rochelontaine, un noble cubierto de deudas, pero que ostenta uno de los apellidos más ilustres de Francia, ha pedido al banque-

ro la mano de su hija y no es que sienta por ella el afecto, ni profunda ternura, sino por la necesidad que tiene de redorar su blason y de alejar de él la jauría de acreedores que casi diariamente se dan cita en su casa.

Deseando casarse lo antes posible con Diana Monti, el banquero acepta con alegría la petición que le hace el vizconde, y la transmite a su hija acompañada de tales comentarios y observaciones que Blanca, para complacer a su padre, la acepta inmediatamente. La respuesta favorable que Favreau da por teléfono a su futuro yerno, produce inmediatamente el efecto de alejar de él los acreedores más molestos, por ser bien conocido el enorme crédito del banquero.

EL VAGABUNDO DEL DESTINO

Poco un hombre que pasaba a algunas leguas de París iba a tirar por tierra todas las combinaciones y a desanarar todas las intrigas.

Por la desierta y blanca carretera que va de París a Rouen, un viejo caminante, agobiado por la fatiga y la miseria, marcha lentamente con inseguro paso.

Parándose de pronto, coloca su mano a guisa de pantalla delante de los ojos y por un instante pasa su mirada sobre los blancos muros y los rojos tejados de un pueblo que se destaca entre la nota verde de los árboles. Después de vacilar un momento, vuelve a emprender la marcha, apoyado en un bastón nudoso, y moviendo la cabeza, lleno de desaliento, sigue por la carretera casi desierta y se dirige hacia la Alcalofía, en donde entra con paso vacilante. No sin trabajo consigue encontrar al secretario y con un sombrero en la mano se dirige a él.

—Quisiera saber lo que ha sido de mi hijo Roberto Kerjean que debe tener ya treinta años.

En el primer momento el funcionario hace un gesto evasivo, pero habiendo examinado a su interlocutor le reconoce y le dice con tono brusco.

—Su hijo ha seguido su ejemplo... Fue por malos caminos y ha sufrido varias condenas... Debió cambiar de nombre, pues no se sabe lo que ha sido de él.

Siempre desplegado sus labios, el viejo caminante se retira y se aleja del pueblo. Se marcha desolado, su espalda se encorva como si el peso de su morral hubiera aumentado enormemente y ardientes lágrimas surcan sus arrugadas mejillas.

A algunas kilómetros de allí, el castillo de Sablons destaca en blanca y elegante silueta entre un arbolado frondoso. El anciano caminante se para y contempla a través de la verja de hierro una selecta y numerosa concurrencia entregada a los placeres de una garden party. El pobre viejo deja errar su mirada sobre el grupo en medio del cual se destaca la bella Blanca Aubrey, hija del banquero Favreau, el propietario del castillo. Cerca de ella Juanito, su hijo, niño de cinco años, juega y se divierte acariciado por los rayos del sol, mientras su institutriz, Diana Monti, habla en voz baja con el financiero.

En tanto que el caminante mira a través de las verjas, el secretario del banquero, el Sr. Vallieres, hombre de cierta edad y de aspecto débil y delicado se acerca a él.

—Diga al Sr. Favreau que quiero hablarle...

Vallieres cree que se trata de un mendigo y sacando de su botalla algunas monedas de plata, quiere dárselas, pero el pobre viejo insiste.

—No le pido limosna; le repito que es preciso que hable con el señor Favraux.

Entonces y en vista de esta insistencia, el secretario va en busca del banquero, quien a regañadientes se decide a venir a ver por sí mismo qué es lo que quiere de él aquel extraño visitante. A través de los barrotes de hierro, Favraux parlamenta aunque algo rudamente:

—Pero qué es lo que V. desea?

De repente el caminante se ha erguido; su sombrero caído en tierra



descubre un rostro minado por la miseria, pero en él que brillan dos ojos negros y amenazadores; en sus momentos antes apagada y oscura, tiene en aquel instante una sonoridad que nadie hubiese sospechado.

—¿No me reconoce V?

—En la primera vez que le veo.

A esta respuesta Kerjean se indigna, y sacando de su mugrienta chaqueta un papel cuidadosamente doblado lo lanza al rostro del banquero, al mismo tiempo que pasa a través de la reja una mano amenazadora, que obliga a retroceder a éste y a acercarse a su secretario, que vigila al caminante. El banquero lee la carta que tan brutalmente acaban de arrojarle al rostro y que dice así:

Banquero Favraux,

Me llama Pedro Kerjean, va en un hombre honrado. Seducido por los profectos financieros con que inundaba V. el país, le confié mi dinero. No solamente me ha arruinado V. sino que también me arrastró a pasar mis ve-

peculaciones poco limpias que motivaron mi condena a veinte años de trabajos forzados. Mi mujer murió de pena. Mi hijo se ha convertido en un malvado. No le pido a V. dinero, ni tan siquiera deseo vengarme. Vengo solamente a intimarle a que me ayude a encontrar a mi hijo Roberto y a salvarle de la infamia.

Pedro Kerjean

La cara del banquero se contrae en un gesto de cólera y con un brusco movimiento rompe la carta, tira los pedruzcos al suelo y dice al camante:

—Siga V. su camino y si tiene derechos que hacer valer, diríjase a la Justicia.

Y volvió a unirse con sus invitados, mientras Vallières contemplaba alejarse al anciano y recogía los trozos de la carta rota que el banquero había arrojado a un macizo de flores.

Han transcurrido algunos instantes después de ese incidente. Llamado a París por un asunto urgente, Favreau sube a su auto, que el mismo conduce; a su lado se ha instalado el chauffeur. Empezada la marcha y bien pronto en la blanca carretera, no se percibe sino un punto confuso entre una nube de polvo. De repente en el camino surge la silueta de un viajante; es Pedro Kerjean que persigue su marcha. Favreau le ha reconocido y hace funcionar su sirena una que así disminuir la velocidad y en el mismo momento atropella al desgraciado caminante que desaparece entre las ruedas del vehículo. Favreau continúa su desenfrenada carrera, acelerando su velocidad, mientras Pedro Kerjean se encierra penosamente y sueña a caer definitivamente en la carretera.

EN PARÍS

Al día siguiente por la mañana Favreau encontraba en su despacho de París, y colocada bien en evidencia, esta extraña misiva:

No contento con arruinar y deshonrar a la gente, llega V. también a asesinar. Le ordeno, para lavar sus crímenes, que haga donación de la mitad de su fortuna a la Asistencia Pública.

Tiene V. de tiempo para hacerlo hasta mañana a las diez de la noche.

Judex

A pesar de todo su escepticismo, Favreau se inquieta y para dilucidar aquel misterio, se encamina a la Agencia Celeritas, dirigida por el señor Pachón, a quien piensa encargarse, en persona, de una investigación sobre este asunto.

A su llegada, Jonas, el mozo de despacho que pacientemente se hallaba en brazos de Murilo, tiene que interrumpir a disgusto su sueño y en pocas palabras le explica que el Sr. Pachón ha muerto hace algunos días, pero que D. Casto, su sobrino, continúa los negocios.

El banquero penetra en el despacho de D. Casto, a quien Joaquín ha anunciado su venida.

Era el primer cliente con quien iba tratar el heredero de la Agencia Celeritas. Después de un breve conciliábulo, D. Casto hace saber al banquero que irá a pasar con él en su castillo todo el día siguiente, tomando desde luego todas las precauciones que juzgue necesarias.

Al día siguiente Favreau llega a Seblon acompañado por el director de la Agencia Celeritas.

Apenas han entrado en el despacho, cuando un criado presenta al banquero en una bandeja una carta dirigida a su nombre que acaba encontrar en la antecámara. Favreau la abre con mano temblorosa, la carta dice así:

Si antes de las diez de la noche no ha entregado V. a la Asistencia Pública la mitad de su fortuna mal adquirida, será demandado tarde. *JURER.*

Favreau, que ha oído esto, presenta la carta a D. Casto, el cual la examina atentamente mientras en su semblante se pinta la inquietud más viva, y apoderándose de ella se la guarda en el bolsillo en el momento en que su cliente iba a salir.

Sin pérdida de tiempo el director de la Agencia Celeritas se pone a observar y espiar el parque y el castillo.

Esta operación le permitió descubrir al poco tiempo disimulado entre unos arbustos al banquero en amorosa conversación con Diana Monti.

Aquella noche se daba un gran banquete en el castillo con motivo de los espasmos de Blanca con el vicario de la Rochefontaine y hasta las diez no ocurrió nada que pudiera calificarse de anormal, por lo buenos en apariencia. En el momento de los postres, Favreau se había levantado y con la copa en la mano se disponía a brindar a la salud de los futuros esposos, cuando al dar las diez en el reloj, el banquero se despierta como herido por un rayo. Un doctor salido de entre el grupo de invitados se precipitó en su auxilio y se dio cuenta, en medio de la estupefacción general, que éste acaba de sufrir una víctima de una embolia fulminante.

Aterrado por este debut en sus funciones de detective, D. Casto toma el partido de callarse acerca de las cartas recibidas por Favreau.

Han pasado algunos días después de esos tristes sucesos, y tras un pocas dudas y vacilaciones D. Casto se decide a poner en manos de Blanca los misteriosos cartas que Jurez ha dirigido a su padre y a recibirlos la joven se indigna y exclama:

—Estas cartas son una infamia y precipitan sin duda, algún chantaje.

A talas con el secretario de su padre Blanca le interroga.

—Véleles, dígame que no hay una palabra de verdad en todo esto.

—Sí lo hay, por desgracia.

Y algún tiempo después y siempre del mismo modo misterioso y desconocido, la Sra. Aubrey recibía una extensa memoria en la que se encontraban compendiadas algunas de las ruinas causadas por su padre y reveladas por el enigmático Jurez.

En rarísima, el mismo día siguiente, ante notario y testigos Blanca llega toda la herencia de su padre a la Asistencia Pública, pero el vicario, de la Rochefontaine a quien esta donación destruye todas sus esperanzas, interroga a su novia sobre los motivos que la han inducido a un acto semejante; la joven comprende entonces que el gallardo aristócrata no aspira a su corazón, sino a su fortuna, y bruscamente le desdice.

Pocos días después despedía toda la servidumbre, y Diana Monti, la institutriz de su hija, vana, llena de despecho y de coraje, el hundimiento de todas sus proyecciones.

Antes de dejar para siempre el castillo de Sablonx que sin duda iba a convertirse en refugio de algunos deheredados de la fortuna, Blanca llamó a una mujer de confianza y le dijo:

—Mi buena Mariana, a su padre y a V. envío a Juanito, mi pobre hijo a quien crió V. Soy pobre ahora, voy a trabajar para él.

Y los dos honrados servidores se llevaban el niño, mientras que desde la ventana, Blanca, con la muerte en el corazón, creaba amargas besos al ser querida, a cuyo porvenir iba a consagrarse enteramente.

A la llegada de la noche, ya sola en el castillo, la Sra. Aubry se dispuso a partir. De repente sonó el timbre del teléfono. Blanca cogió un receptor y claramente oyó y reconoció la voz de su padre que le decía:

— Blanca, hija mía, perdóname.

Entonces, convencida de que era juguete de una alucinación, huye a través de las grandes salones vacíos, llega al parque y desaparece con paso rápido por la carretera mientras la va envolviendo poco a poco el manto de la noche.



¿Cómo había ella de sospechar la increíble aventura de que fueran teatro las ruinas del Castillo Rojo, la noche del entierro de Farraux?

Judez, el misterioso Judez, ayudado por su hermano Rogelio y algunos hombres de confianza se habían apoderado del cuerpo de Farraux y lo habían transportado a un laboratorio preparado en uno de los subterráneos de una vieja fortaleza. Gracias a procedimientos solo por ellos conocidos, los dos jóvenes habían examinado al banquero de su cataleño, y era el mismo quien aquella noche había hablado por teléfono con su hija.

Y mientras tanto, Blanca, creyéndose víctima de una de esas ilusiones que da la fiebre, continuaba durante la noche en ruta hacia lo desconocido, pero una aureola difusa seguía sus pasos como un misterioso protector.

SEGUNDO EPISODIO

LA EXPIACIÓN

A algunas leguas de la capital la madre y un familiar crían al niño como si fuese un aldeano. Heo aquí ayudando a cargar un carro de hor-

talizas que debe ir a París aquella noche, y con sus bracitos hace grandes esfuerzos para levantar del suelo una col enorme.

Los honrados libradores no pueden dejar de sentirse al ver la conciencia con que se aplica a su trabajo aquel niño al que aman y cuidan como si fuera su propio hijo.

Este se ve interrumpido en su tarea por la llegada del cartero que le trae una carta de su mamá, carta que la buena Mariana se apresura a leer y que dice así:

Gracias a algunos anuncios puestos en los periódicos he podido encontrar varias lecciones de inglés y de piano. Vivo en un cuartito de una pensión de familia, y sería casi dichosa si pudiera tener cerca de mí a mi Juanito, o a mi querido hijo a quien envío mil besos cariñosos. He aquí el nombre por el que soy conocida y mis señas. Juana Bertin en casa de la Sra. Caspary. — Paseo de S. Fernando, 10 — Neuilly sur Seine.

Y Juanito besa con ternura aquel papel que le trae noticias de su mamá querida y lo optimo cariñosamente contra su pecho.

Su nodriza le hace que continúe inmediatamente y aquella mañana en Neuilly, Blanca que como todos los días se prepara para ir a dar sus lecciones, recibe a su vez noticias de su hijo, que con una inhábil escritura ha garabateado estas líneas.

Mamá, Mariana me lava la mano, para que te envíe muchos besos, con la esperanza de verte bien pronto, mi verdadera mamá querida. Tu niño que te quiere.

Juan

También Blanca cubre de besos aquella tierna misiva que trae a su memoria los días felices que se fueron, pero que fortifica en ella la energía, y que le da aun más bríos para trabajar por el porvenir de aquel ser querido en el que ella ha puesto todas sus esperanzas.

Contempla con ojos arrasados en lágrimas el retrato de Juanito que está colocado en su bien visible, y en la alegre mirada de su hijo cree ver una dulce sonrisa agradecida que la llena de contento.

Al salir, en la calle solitaria se encuentra de repente con un antiguo conocido: es el ex secretario de su padre, el benéfico Vallières que parece hallarse en aquel sitio por casualidad. Blanca amablemente se inquiere de su vida y muy gustosa le da noticias de la suya.

Va benito dicho que Blanca se ve obligada a dar lecciones para ganar su vida. Hele aquí en casa de una de sus discípulas, Gisela de Birargues, de la cual es profesora de piano; esta alumna es encantadora y guarda a su maestra toda clase de atenciones.

El hermano de Gisela, César de Birargues, asiste a la llegada de Blanca, de la cual se enamora desde el primer momento, y ruega a su hermana que le presente a ella. Aunque ésta lo hace inmediatamente, Blanca no acepta las galanterías del joven sino con extrema frialdad, pero éste, que se ha sentido aparte durante la lección de piano continúa mirándola a hurtadillas.

En aquel momento anuncian a Gisela una visita importante y aprovechando su ausencia César hace a Blanca una declaración en toda regla y pidiéndole abajarla y besarla a la fuerza, pero la joven se defiende y rechaza los avances de su fogoso adorador.

A todo esto, en el Caffe Bar, Diana Monti, la un tiempo institutriz de Juanito, conversa con su amante, el aventurero Morales; éste, que se entretiene en leer un periódico mientras escucha distraído las palabras de su

amante, descubre de pronto el siguiente suelto que se apresura a comunicar a su compañera:

«La muerte del banquero Favraux ha tenido un misterioso epílogo. Rompiendo sus relaciones con el Vizconde de R., la hija del desgraciado financiero ha desaparecido después de haber dado toda su fortuna a los pobres. Uno dicen que ha entrado en un convento, otros la suponen en América... ¡Misterio!»

Mientras Diana se entera de esa noticia, César de Biragones, que es parruquiano del establecimiento y amigo de Morales, se acerca a ellos.



El aspecto de César es malhumorado y triste; Morales le interraga y él confiesa:

—Estoy enamorado como un principiante de una joven que me rechaza.

El aventurero sonríe.

—Si no es más que eso, no ha de ser muy difícil contentarle.

César le dirige una mirada interrogadora. Morales continúa:

—No veo otro medio, un rapto, y solo le costará a V. 10.000 francos. Y como César le pide más amplios detalles añade:

—Raptamos la muchacha. Y, luego, la salva, al agradecimiento la echa en sus brazos y asunto concluido.

Y César acepta el indigno convenio que se le propone.

Aquella noche, después de una laboriosa jornada, Blanca vuelve a su casa como de costumbre y encuentra sobre su mesa una jaula de mimbre

en la que están prisionadas dos blancas palomas; una carta está atada a una de las barras de la jaula.

Blanca la abre y lee estas palabras que la turban grandemente.

Señora,

Si algún peligro la amenaza fengo en libertad esas palomas y ire a liberarlas; velo por usted.

Fidel

Muy intrigada, trata de enterarse por la dueña de la casa, de quien ha sido el misterioso portador que ha traído las palomas y la carta, pero la Sra. Chapuis le afirma que le es completamente desconocido.

¿Quién era, pues, el misterioso Juez? Hele aquí. Es un hombre joven, gallardo, de ojos francos y brillantes, vive con su hermano Eugénio en los subterráneos del Castillo Rojo, en los que ha instalado su laboratorio al que ha dotado de cuántos perfeccionamientos modernos se conocen.

A través de un cristal delustrado de fotografía y por medio de un espejo móvil, estos dos hombres espían los movimientos de su prisionero encerrado en una celda.

Es Favreau, a quien el espejo de metal, cual un ojo inapacible, persigue en cuanto quiere ausentarse a la mirada de los que le tienen prisionero.

Para comunicarse con Favreau, Juez emplea un medio muy ingenioso que es su invención. Es una especie de máquina de escribir que le permite trazar palabras en letras de fuego sobre uno de los paneles de la celda y Favreau, ve de esta manera imprimirse la sentencia que Juez ha dictado contra él.

Y el bonoocero, más abatido que nunca, se deja caer en su camastro buscando en vano un sueño que pueda hacerle olvidar durante algunas horas la triste de su situación.

Juanita el nieto de Favreau, no duerme tampoco aquella noche, con objeto de ir a ver a su mamá, aprovecha las sombras del crepúsculo para esconderse en un carro lleno de coque, y el conductor emprende la marcha sin sospechar ni remotamente la presencia del diminuto viajero.

Después de varias leguas de marcha durante la noche el carro del hortelano llega al rajar el alba a las puertas de París. Allí se para y el conductor entra en una taberna para tomar un bocadillo y echar un trago.

Aquella es precisamente la hora en que el Sardinilla, uno de esos pilletes parisienses que no saben ni dónde ni de qué viven, tiene por costumbre hacer la compra. Por cierto que para ello emplea un procedimiento de los más simples, algo de los más honrados. Primero se asegura de la ausencia momentánea del hortelano, y luego, acercándose delicadamente por detrás del carro, se apodera de una col; pero de repente, al descubrir a Juanita, su estupor es extraordinario.

— ¡Canastos! Me habían dicho que los chiquillos venían con las coles; pero, palabra, un creta...

Juanita no pierde su sangre fría por tan poca cosa, y entrando en vía de confidencia con el Sardinilla, le cuenta que quisiera ir a juntarse a su mamá, que vive lejos, en Neuilly; el Sardinilla, que a buen corazón no hay quien le gane, se ofrece desde luego como guía a su nuevo compañero.

Ambos se instalan en la trasera de un automóvil que se dispone a partir, y muy ulanes ruedan con dirección al pasaje de S. Fernando.

Pero otros visitantes debían precederles. Diana Monti y su amante llegan en efecto antes que ellos a casa de Blanca. Al encontrarse con ella, Diana reconoce con estupor a su antigua ama.

Al hallarse frente a frente, ambas experimentan igual sorpresa, pero al fin Diana rompe el silencio:

—Señora, vengo a proponer una plaza excelente a Juana Bertin, cuyo anuncio había leído en un periódico; ignoraba que V. hubiese tomado ese nombre.

Blanca, sin sospechar ni por un instante las pérfidas intenciones de



esta, baja con ella a la calle y entra en el automóvil que ya está esperando. Diana le presenta a su cómplice Morales, haciéndole pasar por el hijo de la rica americana a cuya casa la conduce.

Apenas ha doblado el carruaje la esquina de la calle, cuando Juanito y su amigo el Sardinilla llegan a la pensión Chapón. El Sardinilla con su más amable tono, dice:

—Esta es la Sra. Bertin; la traigo a su hijo.

Y la Sra. Chapón, bastante extrañada de la peregrina indumentaria del Sardinilla, coge a Juanito por la mano y lo conduce a la habitación de su madre, diciéndole:

—Mira monín, estate ahí quietecito; tu mamá vuelve en seguida.

Al quedarse solo, Juanito ve la jaula que contiene las palomas, y como ha oído decir tantas veces a su madre que las aves no estaban hechas para vivir encerradas, abrió la puerta de aquella y las blancas palomas volaron a través de la solita ventana y bien pronto desaparecen en el azul del cielo.

Durante el tiempo en que tienen lugar esos sucesos, en el Castillo Rojo, Júdez y su hermano están sentados en una elevada terraza; entre las ruinas de la antigua fortaleza. De repente dos blancos pichanes vienen a pararse al lado de ellos. Júdez, comprendiendo que Blanca le pide socorro e inmediato auxilio, se pone en marcha al momento para protegerla, y montando a caballo, seguido de sus perros, se lanza a través de la campiña que empiezan a obscurecer las sombras de la noche.

TERCER EPISODIO LA JAURIA FANTASTICA

Después de haber dado libertad a los dos blancos pichanes que ha encontrado en el cuarto de su madre, Juanito se ha dormido.

Advertido por las dos aves que han vuelto sin dificultad alguna a su palomar, Júdez se ha puesto en busca de Blanca, y al llegar a su casa la portera le cuenta que su inquilina se fué en automóvil con una desconocida antes de la llegada del niño.

Interrogado por Júdez, Juanito le confiesa ingenuamente: — Yo he sido el que he tultado los palomas. — Júdez tiene entonces el presentimiento del drama que se ha desarrollado, y previene por teléfono a su hermana, dándole por teléfono nuevas instrucciones.

Durante este tiempo Diana Monti y Morales han conducido a Blanca, anexionada, a una villa de Seine et Oise, donde debe acudir bien pronto el instigador del tapin César de Birargues, pero cuando éste reclama que le entregue a Blanca, el caballero de industria y su digna consorte pretenden explotarle. — Cerro gran peligro — afirma Morales — y necesitan otros 10 000 francos si quiere que le entregue la cautiva.

César se indigna y amenaza a los dos aventureros con denunciarlos a la policía, pero Morales, sacando del bolsillo la siguiente carta, se la enseña a su interlocutor:

Querido Morales: Como habíamos acordado, adjunto le envío cinco mil francos para la ejecución de nuestros proyectos, debiendo remitirse otra suma igual, contra entrega. — C. de B.

Y dramáticamente y en un tono que no admite réplica, añade: — Si no quiere tener un disgusto, le aconsejo que no muelle la policía en nuestros asuntos.

Amonazado, César de Birargues abandona la partida, refugiándose en casa de sus padres, y una vez allí, confiesa a su hermana Gisela la infamia que ha cometido en un momento de extravío. Esta le aconseja: — Es preciso recurrir todo a nuestro padre; el solo podrá salvarnos esa mujer a sus raptores.

Cuando el Sr. de Birargues se entera de lo ocurrido, exige de su hijo que éste le indique el lugar en que Blanca está encuestada. Luego, dirigiéndose a César, le dice severamente: — Vete a abandonar esta casa y a salir para nuestras posesiones, en donde esperarás mis órdenes.

Mientras el joven se prepara para ejecutar la voluntad de su padre, éste, acompañado de su hija, se dirige inmediatamente en socorro de Blanca.

Durante este tiempo, la villa que sirve de prisión a Blanca, recibe una visita inesperada.

Precedido de su jauría, a la que gozan sus más inteligentes nabeseros, Júdez no ha tardado en descubrir el albergue de Blanca, y dejando en la celda en que ésta se encuentra dormida sus melocra perros, prende un al-

fler en la monta que la cubre: una carta concebida en estas términos:

Señora: Ríndale V. libre y nada tiene que temer de sus secuestradores porque van por V. Dónde conducen por los fieles perros que la rodean, y que la llevarán a través del bosque a una casa de guarda en donde estará V. en seguridad. Fades.

Ea de comprender la sorpresa de Blanca al despertarse, y docilmente se deja conducir por uno de los fieles perros, que cogiendo el bojo de su falda entre sus colmillos, dirige su marcha, mientras el resto de la jauría la acompaña pronta a defenderla en caso de ataque.



Bajo la protección de sus seguros conductores, Blanca se ha internado en la selva.

Sin embargo, a través de un dedalo de subterráneos formados por antiguas canchales, Morales y su cómplice, Diana Monti, iban a salir a campo raso; de repente un ruido casi imperceptible revela a los bandidos que alguien los sigue. Y empujando su revólver se disponen a hacer frente a cualquier evento, cuando se presenta ante su vista un perrillo de aguas amarillentas, que saltado sobre su cuarto trastero, les presenta con su hocico una carta dirigida a ellos. Y los aventureros leen:

Si no queréis correr la suerte del banquero Ferraux, tratad de no encontráros nunca en el camino de su hija. Fades.

Furiosos los dos bandidos, tratan de desahogar su cólera en el extraño mensajero, pero el perrillo huye por el campo como alma que lleva el diablo, sin que las balas de Morales ni de Diana Monti puedan alcanzarle.

Blanca continúa su marcha a través de la selva cuando y la revuelta de un camino, reconoce el automóvil que ocupan el Sr. de Birargues y su

hija; puede comprenderse la alegría de éstos al encontrar a la joven sana y salva. Su primer cuidado fue de conducirla a su casa en donde encuentra a Mariana que desde Neuilly se había lanzado en busca del niño.

Al siguiente día, Blanca, más decidida que nunca a continuar su vida de trabajo, conducía a la estación a su hijo y a la nodriza de éste, pero al descender del coche, Juanito reconoce en el que va a abrir la portezuela, a su amigo el Sardinilla y acto seguido le presenta a su madre después de haberlo cariñosamente abrazado.

— Es el niño que me condujo a Neuilly,



Blanca quiere recompensar con una moneda de plata al amable gaita de su hijo, pero el Sardinilla que hace poco ha abrazado la carrera de colibrero, la rechaza con un gesto lleno de dignidad.

— Señora, no pida limosna, soy un comerciante...

Y Juanito se apresura a explicar a su mamá: — Mamá, se llama el Sardinilla, y es huérfano, yo no quiero separarme de él.

Enternecida por los sentimientos de su hijo, Blanca consiente también en concederle el favor que reclama y algunos instantes después el Sardinilla, loco de contento, se pone en marcha para el campo en compañía de Mariana y de su inseparable amigo.

Aquella noche, mientras Blanca tranquila va sobre su sueño y confiada en el apoyo de su misteriosa protectora eulvia a su domicilio, Julex, sentado en su laboratorio contempla con dulce mirada el retrato de la que acaba de salvar, y lleno de perplejidad se pregunta si por un extraño capricho del destino iba a amar a la hija del banquero Favreux.

CUARTO EPISODIO EL SECRETO DE LA TUMBA

Pocos instantes había permanecido el caminante Pedro Kerjean, tendido, sin dar señales de vida, en el camino en el que el banquero Favraux le había atropellado. Unas manos caritativas le habían levantado y conducido sin que él se diese cuenta, a la clínica del Dr. Saugrain en la que los cuidados más minuciosos le fueron prodigados.

Ya está Pedro Kerjean completamente restablecido de sus heridas y el Director de la clínica le da de alta después de presentarle la persona que había asumido los gastos de su curación. Este desconocido bienhechor no es otro que Rogelio, el hermano de Judez.

Acompañado de su nuevo amigo, Pedro Kerjean se dirige al Castillo Rojo donde al fin conoce al misterioso Judez, y al extrañarse de los sencillos cuidados de que ha sido objeto, Judez sencillamente le responde:

—Si me ha interesado es porque V. es una víctima del banquero Favraux.

—Favraux! pero ha muerto.

Y Judez, más enigmático que nunca, continúa:—No, Favraux no ha muerto; venga V. a verlo.

Y lentamente, Judez conduce a Kerjean hacia el aparato que le permite seguir todos los gestos de su prisionero. Rogelio prepara el dispositivo eléctrico, y de repente Pedro Kerjean ve en el espejo móvil la imagen real del que había sido el causante de todas sus desgracias.

Lleno de ansiedad y creyendo tener ante sus ojos una visión del mas allá, el anciano caminante pregunta a Judez:

—Pero, ¿quién es V.?

—¿Quién soy yo? Soy lo que V. va a ser, un prisionero!

Y ya más tranquilo, Kerjean contempla al banquero con ojos llenos de odio, mientras éste parece en aquel momento presa de terrible desesperación. De repente, cogiendo la tulipa de cristal que sirve de pantalla a la lámpara eléctrica que ilumina la celda, la rompe y con uno de sus cascotes trata de cortarse el cuello.

Pero sus carceleros velan por él; en un momento Kerjean le impide atentar a sus días y Favraux, reconociendo de repente a su antigua víctima, se tira a sus pies y le suplica.

Kerjean se mantiene inflexible.

—¿Acaso te apasionas de mí cuando vine a pedirte que me ayudaras a encontrar a mi hijo?

Mientras estos sucesos se desarrollan en el Castillo Rojo, el hijo de Pedro Kerjean, Roberto, llamado Morales, se entrega con su cómplice Diana Monti a las más extrañas conjeturas.

La carta misteriosa que recibieron de Judez indica claramente que Favraux ha sido asesinado, y sin embargo, una duda se cierne sobre el espíritu de los dos aventureros.

¡Asesinado! ¿Por qué?

¿Por quién?

¿Cómo?

Para resolver este enigma, Diana Monti está pronta a todo y encarga a dos de sus satélites que descubran el secreto de la muerte del banquero registrando su tumba del cementerio de Salinas.

La macabra expedición tiene lugar durante la noche y por ella, Diana viene en conocimiento de que el secreto que debía contener los restos de Favraux está completamente vacío.

Al día siguiente, Morales y su amiga se dirigen a casa de D. Casto, el nuevo director de la Agencia Celeritas.

D. Casto reconoce, pero con una mirada, a la ex-institutriz del Castillo de Sablonx. Y un diálogo rápido se entabla.

—¿Dónde está Favreau?

—¿Pero no ha muerto?

—¿Como está entonces su féretro vacío?

D. Casto pierde la serenidad; es demasiado novato en el oficio para poder comprender un horror semejante!



Morales, cada vez más insinuante:

—Quien ha hecho desaparecer a Favreau, es Judex, y Judex es V.

A Don Casto se le va la cabeza.

Diana Monti, aprovechando su turbación le dirige una mirada penetrante y fría. —Casto, ¿qué has hecho de Favreau?

Entonces el incauto policía confiesa:

—Yo sé que Favreau recibió algunas billetes misteriosos firmados por Judex, la víspera y el día de su muerte.

La tal noticia no es un rayo de luz que ilumine de un modo singular la situación; de amenazas, Diana Monti y su cómplice se vuelven condescendientes y amabilísimos, y tanto dicen y tan bien saben convencerle que ante la promesa de una prima de 100.000 francos hecha por Morales, el infeliz D. Casto consiente en prestar su precioso concurso a los dos aventureros y a ayudarles a descubrir al banquero tan misteriosamente desaparecido.

El prisionero del Castillo Rojo continúa sin embargo bajo la guarda de Jodex, de Rogelio y de Pedro Kerjean. Morales, que de las primeras investigaciones que ha emprendido no ha sacado nada en limpio, empieza a desanimarse y teme además que Blanca le reconozca. Diana Monti le aconseja suprimir a un testigo tan molesto. Morales vacila, pero su cómplice le amedrenta.

Si se juega a hacerla, se sabrá que Morales se llama Roberto Kerjean, que la policía anda en su busca, que...

Y no tiene necesidad de acabar su frase. Todo antes que el calabozo y las espesas; quedan de acuerdo; la hija de Favreau desaparecerá.

Poco tiempo después Blanca recibe un telegrama que la llama de Kozobru.

«Venga en seguida. Juanito grave. -- Mariana»

Sin esperar más detalles la pobre madre se pone en camino para reunirse con su hijo. Pero Juanito, ya inseparable del Sardinilla, no se había encontrado nunca en mejor estado, y mientras en viaje lleno de ansiedad iba a cuidarle, este se entretenía en pescar con caña no lejos de la casa de su nodriza.

Blanca, al descender del tren, atraviesa con paso rápido el puente tendido sobre el río sin fijarse en dos individuos de aspecto patológico que parecen absortos en contemplar correr el agua con la más perfecta indiferencia.

De repente la desgraciada es cogida, amordazada y arrojada al río.

Pero Juanito y el Sardinilla han sido testigos del drama; saltan a una barca y corren en auxilio de la infeliz víctima en para ellos asunto de un instante y heles aquí trayendo la ahogada hacia la orilla, por medio de un bichero. El Sardinilla se da cuenta entonces con estupor que la persona que tiene delante es la madre de su amigo y enviando a su amigueta en busca de Mariana, sin revelar la identidad de la víctima, se apresura a practicar las tracciones y movimientos rítmicos propios a restablecer la respiración de la ahogada.

Mariana acude acompañada de dos hombres provistos de unas parihuelas y hace conducir a su casa el cuerpo de la desdichada joven mientras que el Sardinilla, lleno de conmiseración por su amigo, se decide a ocultarle el horror de la situación.

Gracias a los solícitos cuidados del médico, Blanca vuelve a la vida y lo primero que sus ojos ven al abrirse es la linda cabecita rubia de su hijo que le cojea de caricias.

Ya está fuera de peligro y el Sardinilla se encarga de velar su sueño, dispuesto a prodigarle sus cuidados tan pronto como la ocasión se presente.

QUINTO EPISODIO

EL MOLINO TRAGICO

Pedro Kerjean que no se separa de sus bienhechores Jodex y Rogelio, y habita con ellos en las subterráneas del Castillo Rojo, se ha convertido en cría de aquellos y ha asumido el cargo particularmente espinoso de vigilar al prisionero, al banquero Favreau, con el cual, como es sabido, tiene que arreglar una cuenta terrible.

Aquella mañana ha ido como de costumbre a echar una ojeada sobre el prisionero del calabozo y luego curiosamente contempla el retrato de

Blanca, colocado sobre el escritorio de Juez y se pregunta quién podrá ser aquella linda muchacha cuya imagen tanto gusta a su amo. Juez y Rogelio han establecido con su nuevo colaborador las más cordiales relaciones y en aquel momento Juez bondadosamente le pregunta:

— Vámonos a ver, Pedro Kerjean, ¿es V. ahora completamente dichoso?

El anciano inclina la cabeza en señal de asentimiento; pero su acento no da a entender que desee pedir alguna cosa, y como los dos hermanos le interrogan con la mirada, añade:

— Me gustaría mucho volver a ver, no lejos de aquí, el viejo molino en el que fui molinero, el molino Kerjean, donde nació mi hijo, donde murió mi mujer.

Y Juez concede gustoso a su criado el permiso que éste desea. Kerjean parte lleno de alegría, apoyado en su moderno bastón, mientras sus ojos se recrean en la vista de aquella verde campiña en la que un día fue dichoso.

Algunos instantes después de su partida, Rogelio, que está ocupado en la lectura de un periódico, se para bruscamente, como fascinado por la siguiente noticia que aparece en la sección de sucesos:

¿SE TRATA DE UN CRIMEN?

«En Joiny sur Seine, dos muchachos extrajeron del río una mujer enlatada. La Sra. Joanna Bertin, institutriz con residencia en París, la desgraciada, que aun no ha recuperado el conocimiento, no ha podido ser interrogada.»

Con gran rápido Rogelio tiende el artículo a Juez en quien produce gran impresión, pues sabe en efecto que tras el nombre de Joanna Bertin se encuentra Blanca Aubry, la hija del bunquero, y como está animado hacia ella por muy afectuosos sentimientos, se pone inmediatamente en campaña para tratar de salvarla si todavía es tiempo.

El periódico no había mentido, y Blanca, que en los primeros momentos que habían seguido a su salvamento, había vuelto en sí, se había desmayado y el doctor, llamado por Mariana, desde su segunda visita había juzgado urgente su traslado a una clínica para tratar con la ayuda de un coche ambulancia que había pedido por teléfono.

Pero un hombre de aspecto sospechoso estaba de guardia cerca de la casa de Mariana y al ver salir a ésta con Juanito pocos momentos después de la visita del médico, le pide noticias de Blanca.

Confiadamente, Mariana responde a las preguntas y con voz acobardada le da cuenta de la decisión tomada por el doctor.

He aquí por lo que algunos instantes después Norales y Diana Monti son avisados telefónicamente por su cómplice (pues por desgracia lo era) de las medidas urgentes tomadas para intentar salvar la vida de la hija de Havran.

Los dos aventureros no pierden un instante y han transcurrido apenas algunas horas cuando los vemos aparecer en casa de Mariana con un lujoso automóvil de ambulancia, cuidadosamente disfrazados bajo los trajes de enfermero y enfermera respectivamente.

En pocos momentos y ante la vista de Mariana que no les reconoce terminan su tarea y se dirigen a toda velocidad a un punto desconocido llevándose a la pobre Blanca que aun no ha salido de ese estado de sopor que precede a la muerte.

Durante este tiempo el viejo Pedro Kerjean había llegado a su mol-

na. Lentamente pasa sus ojos arrasados en lágrimas por la pobre vivienda medio en ruinas que un día había albergado sus amores y siguiendo melancólico por la florida orilla avanzando su cabeza hacia el agua para distinguir entre las flexibles ramas de los sauces las paletas de la gran rueda que un tiempo fue incansable trabajadora y que en aquel momento estaba inerte muerta bajo la capa de musgo y de algas que parecían aprisionarla para siempre.

Y visitando el interior de su molino en donde cada habitación le ofrece un recuerdo, abre la ventana; sus miradas van a posarse en los bos-



ques que cierran el horizonte mientras piensa en los seres que ha perdido, en su mujer muerta, en su hijo que nunca más verá sin duda.

En el mismo instante el bondadoso Vallieres, el ex secretario del banquero Favreux acudía presuroso en busca de noticias y lo aquí en casa de Mariana (a que le cuenta todos los sucesos y el precipitado transporte de Blanca en automóvil). Vallieres se ha cruzado en el camino con un gran automóvil con la bandera de la cruz roja, y solo por algunos minutos de retraso no puede ver a la desgraciada víctima. Mientras cuenta todo a Mariana, un segundo automóvil de ambulancia entra en el patio de la casa y los ocupantes quedan altamente sorprendidos cuando se les dice que el vecero que debían cumplir está ya hecho.

Marchando, pero en la mente de Vallieres las dudas que se iban levantando se precisan y confirman. Y para él es ya cosa cierta que los bandidos que ya habían perseguido a Blanca acaban una vez más de apoderarse de ella.

Por el camino el coche de Morales y de Diana Monti rueda a toda velocidad y viene al fin después de no pocas vueltas a pararse en pieno campo. Descienden los pasajeros y Diana sirve de guía a Morales el cual conduce entre sus brazos al aun merlo cuerpo de Blanca.

Y marchan prestando atención a los menores ruidos; de repente descubren un viejo molino abandonado. Es el molino de Pedro Kerjean en el cual Diana había reparado varias veces como lugar propicio a sus sombrías propósitos, y piensa con razón que a nadie se le ocurrirá nunca ir a descubrir en él a la hija del baquero Favreau.

Los cómplices penetran en el antiguo edificio y Morales deposita su carga sobre un jergón desconocido y roto. Blanca continúa en el mismo estado de sopor mas en corazón late todavía, pero sus verdugos se han dado ya cuenta y piensan acabar con ella. Y Diana saca de su bolsillo un cuchillo que presenta a su cómplice.

— ¡Vamos, acaba, eso es cosa tuya!

— Luego echaremos el cuerpo por la trampa que está en la habitación de al lado, que comunica directamente con el río.

Pero el bandido vacila.

La aventurera aprieta el cuchillo entre sus crispados dedos, y se advierte que está pronta a saltar sobre su cómplice, para consumar luego el mas cobarde de los crímenes. Pero de repente Morales la sujeta y la desarma. En aquel mismo instante se abre la puerta y Pedro Kerjean aparece; con gesto brusco separa a los combatientes que le dirigen una mirada de interrogación.

— He sido propietario de esta casa y no es de dejar mancharla con un crimen, me llamo Pedro Kerjean.

— ¿Es V. verdaderamente Pedro Kerjean?— pregunta Morales con voz inocentada.

— Si, Pedro Kerjean.

— Pues entonces, yo soy su hijo. — Y el viejo exige más explicaciones.

— Mi hijo! e ibas a cometer un crimen.

— Perdóneme: es esta mujer la que me ha perdido.

Pedro Kerjean accede, pero le ordena con voz grave:

— No verás más a esa mujer y volverás a ser un hombre honrado.

El aventurero responde afirmativamente con un movimiento de cabeza y su padre, loco de alegría por haberlo encontrado le oprime fuertemente contra su corazón. Pero Diana Monti, que lo ha visto todo, incluso las promesas de su cómplice, juzga que lo más prudente es la huida, y quitándose el vestido, cubierta con un sencillo traje de malta que llevaba debajo, pasa a través de la trampa y consigue subir sobre una de las pajas de la rueda y desde ella se arroja al río de cabeza y desaparece a nado.

Mientras tanto, Pedro Kerjean se preocupa de la identidad de la víctima cuyos rasgos le parecen tener un extraño parecido con los de la desconocida cuyo retrato ha visto sobre la mesa de Juez; y pregunta:

— ¿Quién es esta mujer?

— La hija del baquero Favreau!

Pedro Kerjean cree haber oído mal; para atender a lo más urgente deja a Blanca bajo la guarda de su hijo y a toda prisa se dirige al pueblo cercano desde donde podrá telefonar a Juez.

— Oiga! Oiga, venga V. en seguida al molino Kerjean; en el encontrará V. a la hija de Favreau.

Al recibir esta noticia, Judex salta inmediatamente a una canoa autom6vil y momentos despu6s atraca en las cercanías del molino.

V precipitándose encima de Blanca consigue reanimarla con un remedio energico que lleva consigo y de repente, dándose cuenta de la presencia de Morales, pregunta a su criado:

— ¿Qu6 es ese hombre?

— Es mi hijo a quien una mala mujer hañta arrastrado al borde del abismo. Me ha jurado arrepentirse.

Tranquilizado sobre la presencia del desconocido en el que ve ya a un dñl auxiliar, Judex envuelve a Blanca en su copa y la conduce hasta la canoa segund de Kerjean y de su hijo; han transcurrido pocos minutos cuando ya se ve a lo lejos el frágil esquife que marcha a velocidad vertiginosa conduciendo a la infortunada Blanca que una vez más est6 sana y salva.

SEXTO EPISODIO LOS LADRONES DE NIÑOS

Despu6s de la desaparición de Diana Monti, que se ha arrojado al río para escapar al castigo, Blanca Aubry, su victima, ha sido conducida por Judex en una rápida canoa autom6vil lejos del molino Kerjean.

Ahora se encuentra descansando en una lujosa morada, completamente restablecida gracias a los solícitos cuidados que le han sido prodigados.

Esta mañana, al despertarse, Blanca pasa con admiración su mirada por los objetos que le rodean y que le son completamente desconocidos. Creyendo salir de un sueño pregunta a una doncella:

— Dígame ¿d6nde estoy?

Pero la muchacha sin responder a la pregunta que se le dirige, coloca misteriosamente un dedo sobre los labios y desaparece con sonrisa enigmática. La luz de Fuervaux se ha levantado y sentada en un tocador se entretiene en su tocado mientras en la habitación vecina el bondadoso Vaillieres, el ex secretario del padre de Blanca, termina una carta que cierra y guarda en su bolsillo. Segundos despu6s, Vaillieres penetra en la estancia de la joven, la que tendiéndole las manos se dirige a el y le pregunta:

— ¿D6nde estoy, amigo mío?

— Señora, est6 V. en mi casa.

— ¿En casa de V.?, pero c6mo...

Vaillieres ha sacado del bolsillo la carta que acaba de escribir presentándola a Blanca.

— Esto se lo exporcar6 a V. todo.

Con mano isblri la joven abre la carta y lee estas palabras:

Señora:

Tantas atenciones la rodean, que he estado deber mis confanzas a su más seguro amigo, a Vaillieres quien le entregará a V. esta carta, y que ejecutará todas mis órdenes. No me atrevo a presentarme delante de V., y sin embargo nadie en el mundo se interesa por V. tanto como yo.

Judex

Los ojos de Blanca se volan con una sombra de tristeza y con impaciencia, añade:

— Pero en fin, qu6 es ese Judex?

y Vaillieres haciendo un gesto evasivo:

— No sé... lo único que de él puedo decirle es que le ama a V. Adem6s V. ha debido verle, ¿no se acuerda de un hombre que estaba inclinado sobre V. cuando V. abri6 los ojos en el molino de Kerjean?

Bianca no se acuerda de nada e impacientándose de nuevo, dice:

—Vallieres, escribe a ese que se llama Judex—y dicta:

Caballero.

He aceptado gustosa la hospitalidad del bondadoso Vallieres, pero no quiero debersele sino a él solo, y aun esto a condición de que mi hijo venga a compartir la cunago. Con respecto a V. su nombre misterioso entra siempre en mi el sombrero de una de la muerte de mi desgraciado padre; ni aun oír repetirlo y no lo leo sino con espanto. He pedido a Vallieres que no lo pronuncie delante de mí.

Con gesto impasible y frío, Vallieres presenta a Bianca la carta que



acaba de escribir; ésta la firma y le encarga que la haga llegar a su destinatario. Vallieres asiente con un movimiento de cabeza, y afirma clavando una mirada extraña en su interlocutora:

—Señora, esa carta llegará sin falta a poder de Judex, puede V. estar segura.

Vallieres se ha separado de su linda protegida y entra en su habitación con aspecto sombrío, la mirada vaga. De repente, al arrancarse la peluca y el bigote postizo, reconocemos en él al misterioso Judex. Y Judex, el enigmático Judex, se halla desolado porque acaba de escuchar de boca misma de la que ama que su cariño no es compartido.

Mientras tanto, Bianca ha venido a visitar a D. Canto y le pregunta:

—¿Ha descubierto V. algo que pueda ponernos sobre la pista de Judex?

D. Canto se impacienta; ya empiezan a importunarle al fin con este misterio, y con tono árido y altanero, contesta:

—Ante todo, soy un hombre honrado y todas estas historias empiezan a cansarme.

Pero la bella Diana no se da por vencida e insiste con voz cariñosa y llena de promesas.

—Ya sabe que hay 150,000 francos para V. si descubrimos a Juez, y si por él encontramos a Favraz.

Esta promesa produce el efecto deseado y D. Casto amansada por ella se prepara a responder; cuando vienen a anunciarle la visita del Visconde de Amour y de la Rochefortaine. La aventurera se extraña.

—¿Qué puede venir a hacer aquí el conde de Blanca?

En efecto, Diana ignora todavía que el brillante aristócrata ha encargado a D. Casto que le encuentre un prestamista con objeto de saldar sus deudas. La aventurera reflexiona un instante y volviéndose hacia el director de la Agencia, le dice con voz misteriosa:

—D. Casto, tengo un proyecto; déjeme recibir al Visconde.

D. Casto, naturalmente, trata de resistir, pero Diana no le hace caso y lentamente, con una gracia felina que parece producir gran impresión en nuestro galante amigo, le empuja hacia una puerta que da a una habitación contigua en la que le encierra bajo llave.

El elegante Visconde aparece y reconoce no sin extrañeza a la orgullosa María Verdier, la antigua institutriz de casa de los Favraz en el Castillo de Sablon.

—Saludos, salmerías.

Diana, que no está para perder tiempo, empieza sin ninguna clase de preámbulos.

—Mi querido Visconde. Hay para V. una mina de oro a explotar porque Favraz no ha muerto.—Gran extrañeza de Amour que va desapareciendo poco a poco ante las explicaciones complementarias de la aventurera.

En una palabra: Cuando cansada de su reclusión D. Casto oprime que le abran la puerta, llega justo a tiempo para ver marcharse a las dos compadres que parecen estar completamente de acuerdo sobre los medios que van a emplear para emprender su campaña.

Mientras tanto, el desgraciado Juez está desolado; por un instante esperó que Blanca le amara, pero la joven acababa de desengañarle y de torturarle incansablemente el corazón. Dirigiéndose en tono melancólico a su hermano Rogelio, le dice:

—Hay momentos en los que me pregunto si no voy a devolverle su padre. Pero Rogelio le interrumpe:

—Juez, hermano mío, acuérdate que estamos ligados por un terrible juramento.

Y Juez inclina la cabeza, abrumado por el peso de la fatalidad que ha hecho de él un justiciero, obligado a cumplir hasta el fin su obra.

Juez va a partir y a abandonar. Parte para realizar un viaje misterioso, y encargando a Rogelio, el cual se compromete bajo juramento, que conduzca a Juanito cerca de su madre, previene a Blanca como medida de prudencia.

Señora:

Siéndome forzoso ausentarme por dos o tres días, voy poder anunciarle que su hijo estará cerca de V. esta tarde o mañana. Le ruego que no diga V. de la habitación hasta mi vuelta.

Vallejos

Aquella tarde, en Leisy, Juanito y el Sardinilla se dirigen a la es-

escuela como todos los días. Al borde del camino por el que marchaban los dos niños un potente automóvil estaba parado y Diana Monti y el Visconde esperaban su presa.

El encuentro tuvo lugar como los bandidos habían previsto y Juanito reconociendo a su antigua institutriz y al visconde no opuso ninguna dificultad para subir en compañía del Sardinilla al coche que, según le dijeron, debía dejarlos a la puerta de la escuela.

Pero por una casualidad hábilmente secundada por el visconde, el viento se llevó el sombrero de paja del Sardinilla y mientras éste se apesaba prontamente para recoger aquella prenda el auto arrancó a toda velocidad llevándose a Juanito con dirección desconocida.

Luego de entrar en gran cólera contra aquel endiabrado vehículo que le privaba de su inseparable amigo, el Sardinilla juzgó prudente volver en seguida a casa de Mariana para ponerla al corriente de los sucesos. Pero Rogelio le había precedido y su auto le esperaba en el patio dispuesto a conducir a Juanito cerca de su madre.

La narración del Sardinilla provoca un gesto de estupor en Mariana y en su visitante. ¿Qué hacer? El Sardinilla resuelve el problema.

—Señorito, líveme con V. para encontrar a Juanito.

Y algunos segundos después el automóvil de Rogelio rueda a toda velocidad hacia París entre una nube de polvo, con gran satisfacción del Sardinilla que va revolviendo en su cerebro los más terribles proyectos de venganza contra los que le han robado su amigo. Sin embargo, el vehículo de los secuestradores no tarda en llegar a la Agencia Celeritas. Diana y Amaury conducen a Juanito a presencia de D. Casto, y ante la extrañeza de éste, le explican:

—He aquí el hijo de Blancs-Aubry, la hija del banquero Favreux el cual está en manos de Judex. V. va a guardar aquí este niño durante cuarenta y ocho horas; es seguro que Judex vendrá a reclamario.

Y observando que D. Casto escucha sin entusiasmo estas explicaciones Diana le insiste al oído:

—No olvide que hay cien mil francos para V. si llegamos a saber quién es Judex.—D. Casto parece encontrarse en una embarazosa situación. ¿Qué partido debe tomar? Los dos aventureros se marchan y por un momento piensan en devolverles aquel chiquillo comprometedor. Pero Juanito no está por seguir a los que tan bruscamente le han arrancado a los seres que el quiere y con las manos juntas exclama:

—No. No, yo no quiero volver con ellos.

Entonces el digno sujeto a quien la herencia de un tío ha puesto al frente de la Agencia Celeritas se entremete por aquel inocente y después de prohibirle que le devolverá a su mamá, le adopta momentáneamente y le cubre de caricias.

Juanito pasa aquella noche en la cama de D. Casto mientras que su amigo cubierto con una bata se acostaba cerca de él, sobre dos sillas, velando su sueño inocente.

Al día siguiente en la habitación de Rogelio, el Sardinilla acaba de tomar su desayuno y se pone gravemente a encender un cigarrillo mientras que el hermano de Judex recorre los periódicos. De repente éste divisa un anuncio que le sobresalta, y lee:

JUDEX | Si V. desea noticias del niño, diríjase a la Agencia Celeritas, Calle Milton, núm. 133, Central 86-43.

Entonces, después de enseñar su hallazgo al Sardinilla quien se ale-

gra por anticipado de volver a ver a su pequeño camarada, Rogelio se pone al teléfono y tiene lugar la conversación siguiente:

—Oiga! Es Juez quien le habla. Juez irá a casa de V. hoy a las cuatro.

Aquella tarde, Diana y el vizconde se dirigen a casa de D. Casto al que sorprenden jugando con su pequeño huésped. Algo avergonzado de haber sido sorprendido en semejante postura, Casto se esfuerza en ponerse serio y anuncia a sus visitantes:

—Juez me ha telefonado, y estará aquí a las cuatro.

Los dos cómplices no pueden disimular su alegría. Amaury consulta su reloj y se da cuenta que no hay que perder un minuto y envía al groom de D. Casto, con pretexto de un recado, al otro extremo de París.

De repente llaman a la puerta: son las cuatro: no hay duda posible, es Juez.

Diana y Amaury sacan un revólver cada uno y a pesar de las protestas de D. Casto que no quiere emboscadas en su casa, ambos cómplices se disimulan a cada lado de la puerta. Esta se abre lentamente y el Sardinilla aparece sonriente.

Su decepción es grande. ¿Quién es ese endiablado chinelo? Y empieza a importunarle grandemente a pesar de las reclamaciones de don Casto a quien tales procedimientos repugnan.

Grave como un augur, el Sardinilla saca de su bolsillo una carta personalmente dirigida al Director de la Agencia Celeritas. D. Casto la abre y la lee:

Señor D. Casto:

Juez es desconfiado. Nada le prueba que el niño que lleva está en poder de usted. Que este niño se atome al balcón, que yo lo vea, y minutos después irá a negociar su rescate.

Juez

Diana y Amaury están furiosos: se están burlando de ellos sin duda y empujando violentamente al Sardinilla a la habitación en la que ya está encerrado Juanito, deliberan sobre la conducta que les conviene observar.

Pero un ruido sospechoso llega a sus oídos, y abriendo bruscamente la puerta, llegan a tiempo para ver a Juanito cabalgar con la ayuda del Sardinilla, sobre la barandilla del balcón y precipitarse resueltamente al vacío.

En la acera, Rogelio y sus escoltas reciben al niño sano y saiso en una mano conduciéndolo rápidamente a un automóvil que les espera.

Diana y Amaury montan en cólera y van sin duda a cometer cualquier atrocidad cuando D. Casto ve los dos revólveres que aquellos han dejado sobre la mesa y se apodera de ellos.

— ¡Manos altas!

De repente suena una detonación: es un disparo que con propósito de amedrentarlos ha hecho el Director de la Agencia.

Ante su resuelta actitud los dos aventureros huyen perseguidos por el Sardinilla, que se ha apoderado del bastón del vizconde y del sombrero de Diana caídos durante la pelea.

La tranquilidad reanuda, y D. Casto contempla con tierna mirada a su joven visitante.

— ¿Quién eres tú, valiente?

— No tengo padres y me llaman el Sardinilla.

Entonces D. Casto, emocionada, murmura como en un susurro:

— Pienso yo que podría tener un hijo de tu edad.

Y el Sardinilla responde con un deje de ternura:

—Y yo pienso que también podría tener un papá tan bueno como V.

Y mientras que el púeluco encontraba así un protector, el coche de Rogelio condujo su pasajero al domicilio de Blanca y por la entreabierta puerta de la habitación en que ésta se encuentra, el hermano de Judex introdujo a Juanito que se refugiaba lleno de alegría en los brazos maternales, dichoso como un pajarillo que vuelve a encontrar su dulce nido.

SÉPTIMO EPISODIO LA MUJER ENLUTADA

Hemos dejado a Judex entregado al dolor más profundo. Ama a Blanca Aubry, y bajo las apariencias de Vallieres le ha dirigido una declaración en toda regla, firmada por el enigmático personaje que él encarna. Sin darse cuenta de la pena que los a causar a su generoso bienhechor, la hija del banquero Feraux ha rogado a Vallieres que nunca más le hable del misterioso Judex, cuyo nombre le recuerda el fin trágico de su desdichado padre. Y Vallieres, con el corazón destrozado, ha llegado a pensar en libertar a su prisionero, con tal de conseguir la afección de la que él ama. Habiendo dado cuenta de sus proyectos a su hermano, éste le ha recordado que un terrible juramento les impide obrar de esta manera, y por último, lleno de desaliento, ha salido de viaje con destino a un punto que sólo él conoce.

En un lujoso castillo que habita en el fondo de una lejana provincia, la condesa de Tremouse, de la familia de los Orléans, deja desahogar momentáneamente los días presa de misterioso dolor.

Es una mujer joven todavía, cuyos cabellos prematuramente blancos, sieves de marzo a un rostro delineado en el que brilla una mirada viva y penetrante. Lléjale los reflejos de luna, que no ha abandonado desde el día ya lejano de su virgencía, púese su melancolía bajo las frondas seculares de un parque, cuando un criado le presenta el siguiente telegrama:

«El llegaré a las once. — Jaime»

Una sonrisa de inquietud vaga sobre los labios pálidos de la condesa, y con paso reposado se dirige a su morada para esperar a su visitante.

Sentada en su gabinete contempla el retrato de sus dos hijos cuando niños, y en una evocación melancólica del pasado, trae a su memoria viejos recuerdos de más de veinte años, cuando sus cabellos blancos eran rubios.

Fue entonces la época de la dicha: el señor de Tremouse, que se ocupaba de asuntos mineros, había adquirido una gran fortuna que cada día se acrecentaba más todavía. Su inteligencia, su buen carácter, la afección profunda que sentía por los suyos, hacían de la familia de Tremouse una familia modelo y la felicidad que ésta disfrutaba no estaba obscurecida por ninguna nube.

Pero un día el conde de Tremouse había invitado al castillo a un banquero llamado Barranx, y desde entonces una mala suerte obstinada se había cebado en él, desbaratando todos sus cálculos y echando por tierra sus más legítimas esperanzas.

Sucesivamente las desdichas más inexplicables e inesperadas habían caído sobre aquella venturosa familia. Los mineros en huelga habían impedido toda explotación, empleando las más terribles amenazas para impe-

dir a los que vacilaban el que volvieran al trabajo; y por fin el agua, cuyos ataques no eran de temer gracias a inteligentes trabajos, había de repente invadido la mina, destruyéndola todo a su paso, cubriendo por segunda vez y más profundamente todavía las riquezas que aquella encerraba. Era la ruina. El Sr. de Tremense había confiado sus temores a su esposa y había terminado con estas palabras:

—Sólo un hombre, si el quisiera, podría todavía salvarnos. Favraux. Yo le pedí su concurso cuando vino a visitarnos, pero luego de reflexionar me respondió que no le era posible hacerlo. ¡Estamos irremisiblemente perdidos!

Al día siguiente, la condesa de Tremense se dirigía a visitar al banquero, el cual la recibía inmediatamente.

Aunque le repugnaba el paso que se veía obligada a dar y domando su orgullo empezó a hablar la condesa sin notar las extrañas miradas que le dirigía el banquero.

—He venido sin que lo sepa el Sr. de Tremense a pedirle a V. que me ayude. Estamos atravesando un período de los más críticos, y sin más, sin su apoyo, mi marido está perdido.

De repente y como impulsado por un resorte, Favraux se había levantado, y con voz que disimulaba apenas la violencia de sus sentimientos, respondió:

—Pues bien, si... su marido está perdido... ¡y yo soy el causante de todo por que he querido tenerla a V. a merced mía!

La Sra. de Tremense, muy pálida, se había levantado; el banquero avanzaba hacia ella su rostro de satiro riñoso, en el que se leían sus instintos lúbricos, intentando sujetar por las manos aquella mujer delirante, a la que desahaba con todas sus fuerzas. La condesa, indignada, retrucó un paso y con rápido movimiento abocetó a su mismo interlocutor.

Ante aquella injuria, todos los deseos de Favraux se habían rápidamente extinguido para dar paso a una calma y a una cólera indecible, y con gesto violento había señalado la puerta a la condesa.

Una vez sólo, el banquero había dejado estallar su cólera, y volviéndose al teléfono dio inmediatamente órdenes a su gerente.

—¡Oiga! ¡Oiga! Mayr! ¡Eshe V. al mercado todo el paquete de valores Tremense, larguelo V. todo... todo... todo...!

Y su puño robusto martilleaba la mesa mientras sus palabras salían una a una como si quisiera aplastar para siempre al hombre cuya esposa había rehusado entregárselo.

El mismo día la catástrofe había tenido lugar en Bolsa. Era la ruina, era el deshonrar. El castillo de Tremense iba a ser vendido y los numerosos y modestos accionistas de la Sociedad Minera se quedarían convencidos de que su ruina era debida a la falta de honradez de su fundador.

Y mientras que la Sra. de Tremense contemplaba sonriendo tristemente a sus hijos, cuyo preceptor acababa de traer del colegio, el conde, solo en su despacho, reflexionaba sobre los medios de que se podría valer para conjurar el peligro. No le quedaba otro remedio que desaparecer. Luego de haber coleccionado bien en evidencia un sobre lacrado destinado a la condesa, el Sr. de Tremense sacó lentamente un revolver del cajón de su mesa...

En la biblioteca Jaime y Rogelio recitaban sus lecciones bajo la tierna mirada de su madre, cuando de repente resonaron unas detonaciones que hicieron vibrar los cristales de las ventanas.

Presintiendo la desgracia irreparable, la condesa de Tremense se había precipitado a la escalera seguida de sus hijos, para no encontrar sino un cadáver en el despacho de su marido.

Sin embargo, a la misma hora poco más o menos, un hombre se introducía en el casullo y cuando postrada por el dolor la Sra. de Tremense bajaba apoyada en sus hijos, se encontró frente a frente con él.

Era un joven ingeniero que el Sr. de Tremense había tomado a su servicio y que alegre e ignorante del drama que acababa de desarrollarse, traía a su jefe las mejores noticias.



—El Sr. de Tremense, dijo, me envió hace dos años a examinar unos terrenos auríferos en África y venía a darme cuenta de mi misión, que ha dado plenos resultados. No he querido ni caligrafiar ni escribir porque estaba espiado, pero sus hijos tendrán allí una mina de oro de una riqueza fabulosa.

El espectro del deshonra se había desvanecido, ya que la nueva fortuna llegaba a punto para reembolsar a los accionistas de la Sociedad Minera. Sólo el desgraciado conde era víctima de los celos y del odio de Farran.

Entendida en su lecho mortuario, el cuerpo del Sr. de Tremense reposaba rodeado de blandones encendidos; la condesa y sus hijos oraban arrodillados cerca del difunto, y en el corazón de la desdichada viuda se agitaban los más terribles proyectos de venganza.

Y enseñando a sus hijos el que había sido para ellos el más amante de los padres, les dijo con voz que la emoción hacía temblar:

—Vuestro padre ha sido asesinado por un bandido que se llama Pa-

vraux. ¡Hijos míos, jurad a vuestro padre que le vengaréis!

Y con gesto enérgico, Jaime y Rogelio habían hecho el juramento que deseaba su madre.

Han pasado veinte años y la Sra. de Tremouze recuerda ahora las etapas de su venganza. Vuelve a leer las cartas de Jaime en las cuales le anuncia ha tomado el nombre de Vallières, y que transformado en anciano ha conseguido entrar en la casa de Blanca Favraux.

Por fin su mirada se detiene en el telegrama que su hijo le ha enviado. A pesar de su brutal laconismo le llena de alegría, pues estas dos palabras « lista hecha » significan para ella que la venganza tan esperada ha caído al fin sobre el miserable, causa de todas sus desgracias.

En esto, Judex llega a su lado; con grave y pensativo continente y con voz entrecortada por la emoción, le dice estas palabras:

— Madre mía, vengo a pedirle que me desligue V. de mi juramento.

La Sra. de Tremouze hace un movimiento de sorpresa.

— ¡Tu juramento...? ¿Pero no lo has cumplido, acaso...? Sin embargo, 16 me has escrito....

— ¡No, madre mía, Favraux no ha muerto!; está en mi poder en un calabozo misterioso... pero, sin embargo... ¡vive!

— ¡Vive!... ¿Por qué has tenido piedad de él? ¡El no la tuvo de tu padre!

— ¿Por qué? ¡Porque he querido ser un justiciero, pero no tengo el alma de un verdugo! Hoy, madre mía, amo a la hija de este hombre y quisiera devolver su padre a esa inocente.

La Sra. de Tremouze no responde; su rostro se ha contraído y con ademán colérico después a su hija, y exclama, dirigiéndose a su querido muerto, cuyo culto guarda en el fondo de su corazón:

— ¡Ya que tus hijos han hecho traición a sus juramentos, soy yo quien te vengará!

Judex está de vuelta en París y para Blanca, que ocupa una habitación contigua a la suya en su misma casa, ha vuelto a ser Vallières. Junto aiente por él una afección profunda y luego de manifestar su contento por volverle a ver tras varios días de ausencia, le dice alegremente:

— D. Sr. Vallières, ¿cuando me volverás a traer el Sardinilla?

Y Vallières promete a Juanito que pronto volverá en fiel camarada.

Pero desde el día de la evasión del hijo de Blanca, por el balcón de la Agencia Celeritas, el Sardinilla se había quedado por prudencia en casa de D. Casto, quien le había tomado bajo su paternal protección. Lo mismo que Juanito, el Sardinilla deseaba ardientemente volver a ver a su inseparable amigo, así que grande fué su alegría cuando D. Casto le anunció que el hermano de Judex le reclamaba.

D. Casto debía conducir al Sardinilla el mismo día, a las cinco, a la plaza de Armando Carrel, en la que Rogelio los esperaba con su automóvil, pero como desconfiaba con razón de Dion Monti y del visconde Amaury, de los que sabía andaban en busca de la pista de Blanca, se decidió a emplear una estratagema.

Y a la hora convenida hubiera podido verse al excelente D. Casto desender con su criada un voluminoso cesto y depositarla con infantes precauciones sobre el asiento del chauffeur de un taxi, mientras que su criada subía al vehículo. Arranca el auto, pero cerca de allí acecha Amaury, y si-

guiando sus órdenes, el potente coche que él monta se lanza en persecución del automóvil de alquiler; bien pronto lo alcanza, y tanto se acerca a él, que el vizconde puede, en un rápido movimiento, apoderarse del cesto en que sin duda se encuentra el Sardinilla.

Y mientras Diana Monti y su cómplice se dan cuenta con furor de que han sido víctimas de una burla, y de que el misterioso paquete no contiene otra cosa que un adquire envuelto en trapos viejos, el Sardinilla y su ami-



go D. Casto salen tranquilamente de la Agencia Celeritas y sin ningún tropiezo se dirigen al punto en que Rogelio les espera.

Instantes más tarde, Juanito sale alegremente en brazos de su amigo, y el Sardinilla encontraba en Blanca una madre afectuosa.



Aquella noche Rogelio recibió una visita inesperada. Estaba en el despacho de Julex cuando de repente entró la Sra. de Tremense.

Es de suponer la sorpresa de aquel, pero se adelantó como de costumbre para abrazar a su madre; la condesa, sin embargo, le rechazó, diciéndole con frío tono:

— ¿Dónde está tu hermano?

Sin comprender la causa de la extraña actitud de su madre, Rogelio va a prevenir a Julex de su llegada, y éste dejando a Blanca y a los dos niños, se va a recibir a la condesa.

Sin hacer caso de la reservada actitud de sus hijos, la Sra. de Tremense les interpela con acritud:

—He venido a vengas yo misma a vuestra padre, y no creo que me rehuséis la habitación que me estaba reservada en esta casa.

Después de decir estas palabras, se dirige hacia la puerta de la habitación que ocupa Bianca, pero Judex que va delante de ella le impide la entrada. Y la Sra. de Tremeseu pregunta:

—¿Quién hay en esta habitación?

—¡La hija de Favreau!

Con voz calérica la condesa exige:

—¡Quiero verla!

Y entra seguida de sus hijas. Arrodilladas al borde de la cama los dos niños, en camisa de dormir, con las manos juntas, repiten con sus claras vocécitas y con los ojos elevados al cielo, las palabras que Bianca les apunta reposadamente:

«Y perdonamos vuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...»

A la vista de este espectáculo conmovedor, la cólera de la Sra. de Tremeseu ha desaparecido de repente; aquellas palabras de misericordia le recuerdan su deber, y cuando luego de terminar su oración se dan cuenta de su presencia, les dice con voz dulce:

—Soy... la hermana de Valheres... de paso en París por algunas días... Dispénsame V. por haber entrado en esta habitación.

La condesa se retira y a los pocos momentos se ve sorprendida por la entrada en su cuarto de los dos niños, que van a darle las buenas noches. Entonces, dando al olvido sus proyectos de venganza, abraza sus brazos a Juanita que se precipita en ellos, diciéndole con voz cariñosa:

—Señora, déme V. un besito.

OCTAVO EPISODIO

LOS SUBTERRÁNEOS DEL CASTILLO ROJO

Mientras que el viejo Kerjean vigila a su prisionero, en el Castillo Rojo, la Sra. de Tremeseu se hace conducir por sus hijas a la prisión de Favreau. Tras largo viaje en automóvil, llegan y ante los ojos de la condesa se alza de repente la silueta majestuosa del viejo castillo que desde hace siglos domina el valle del Sena. Los tres viajeros penetran en las subterráneas, el viejo Kerjean se adelanta a su encuentro y Judex le presenta:

—Este hombre, madre mía, que también fue una víctima de Favreau, es la conversión en un carcelero.

Tras no pocas vueltas y revueltas, la Sra. de Tremeseu entra seguida de sus hijas en el laboratorio de Judex y llena de impaciencia pregunta:

—Pero en fin, ¿dónde está él?

Por la mirilla practicada en el tabique, con ayuda de un dispositivo eléctrico que permite seguir, por medio de un espejo, todos los gestos del prisionero, la Sra. de Tremeseu se da cuenta de la presencia de su enemigo.

Pero esta visión fugitiva no le basta, quiere verle, hablarle, y a petición suya sus hijas le hacen penetrar en la celda en que el banquero acurrucado en su camastro, parece meditar, con la mirada perdida en el vacío, y con el rostro crispado por una extraña sonrisa. Pasan la mano a lo largo de sus piernas con movimientos inexplicables: colgada a la pared

hay un pedazo de cadena que parece atruenerle, y a la cual habla, sonríe y acaricia. ¡Favroux se ha vuelto loco!

Y mientras que la Sra. de Tremense se da cuenta del estado decrepito del asesino de su marido, y mientras que en vano trata de hacerse reconocer por él, Juez le dice:

— Madre mía, ¿no estamos bastante vengados?

De vuelta al laboratorio de su hijo, la Sra. de Tremense se siente visiblemente emocionada. Su venganza ha sido terrible, e invadida por un sentimiento de piedad, responde:

— No es posible dejar a este miserable en este sepulcro.

Durante este tiempo, en su lujosa casa de París, Diana Monti y el Vizconde Amaury de la Rochefontaine se arrullaban como dos tortolitos esperando el momento propicio de lanzarse de nuevo en persecución de los millones del banquero.

Habíamos dejado en el Castillo Rojo a Roberto Kerjean, Morales, hijo del viejo servido de Juez. Recordamos que había contribuido al salvamento de Blanca y que desde entonces se había comprometido a vivir honestamente, pero luego de la marcha de su dueño, si también había abandonado el castillo dejando a Juez la siguiente carta:

Perdoname por ausentarme sin haberlo prevenido. Mi padre le entregará esta carta. Tengo intención de alistarme en la Legión Extranjera para rehacerme.
Roberto Kerjean.

A la lectura de estas líneas, una sonrisa de incredulidad vaga durante unos instantes en los labios de Juez. El no es como Kerjean, por su parte no tiene confianza alguna en el arrepentimiento del aventurero.

Sus dudas están por otra parte perfectamente justificadas. Morales no ha querido partir para alguna lejana guarnición sin volver a ver a Diana y una vez en casa de ésta, le provoca gran disgusto la presencia de su reemplazante, el Vizconde Amaury.

Pero Diana que es muy dicha, no ignora de donde viene su cómplice y poniendo en juego todas sus seducciones, le llama aparte y le pregunta:

— Si sabes donde está Favroux, si le libertamos, es la fortuna para los dos.

Luego añade con tono cada vez más cariñoso:

— Después seremos ricos, partiremos lejos... muy lejos... para llevar una vida tranquila y dichosa.

Y mientras Juez y su madre regresaban a París, dejando a Rogelio y a Kerjean al cuidado del Castillo Rojo, Morales, cuyos buenos resolutivos se habían fundido en los besos de Diana como la nieve bajo la caricia del sol, promete apoderarse del banquero.

En compañía de tres hombres de confianza, se dirige en rápido automovil al Castillo Rojo, y como conoce perfectamente hasta los mejores recovecos del mismo, penetra sin dificultad alguna seguido de sus cómplices y guiado por los pálidos rayos de la luna. Al llegar a la cripta de la capilla y ante la celda del banquero, examina la cerradura que va a ser necesario forzar y con no poca estupefacción se da cuenta de que el cerrojo ya ha sido echado. Pero como esto, en fin de cuentas, más bien facilita su tarea, no pará gran atención en ella, y seguido de sus cómplices penetra en la celda.

Sobre su camastro y envuelto en una manta un hombre parece entregado a un sueño profundísimo. En menos tiempo del que se precisa para

contarlo, le aplican una mordaza cloroformizada, se envuelven en una manta, lo atan y se lo llevan.

Mientras los tres aventureros quedan con su prisionero por la carretera de París, Morales se dirige al otro extremo del castillo con objeto de visitar a su padre y de cercarse a los ojos de éste una coartada.

Cuando penetra en la habitación del anciano guardia se encuentra con una sorpresa: Rogelio está allí sentado cerca del lecho que ocupa un hombre medio oculto entre las ropas de la cama. Morales se inquieta:

—¿Dónde está mi padre?



Y Rogelio le explica: — Favreux se ha vuelto loco, y es él quien está acostado en aquella cama.

Morales se da cuenta por el mismo del hecho, y lleno de inquietud añade:

—Pero ¿dónde está mi padre?

—Pedro Kerjean ha cedido su cama a este desgraciado y ha ido a dormir a su sala.

El más profundo estupor se manifiesta en el rostro de Morales: el hombre que acaba de expedir a París no es otro que el desgraciado Pedro Kerjean.

Rogelio se ha asustado breves instantes, dejando al aventurero cerca del lecho del demente. De repente Favreux se levanta, y acercándose a Morales, tiende hacia él sus manos crispadas, mientras este lleno de terror huye a través del dedale de subterráneos llenos de sombras.

Mientras tanto los tres bandidos han llegado a París con su prisionero y lo han suado por la noche a casa de Diana Monti. Cuando ésta se ha

apercibido del quid pro quo, ha tomado inmediatamente el partido de desembranzarse de tan molesta paquete arrojándole al Sena. Quitándole las cuerdas el cadáver de aquel hombre podría pasar fácilmente por el de un quimido.

D. Casto es un trannochador impetuoso. Aquella noche pasa ante la casa de Diana Monti cuando oye a través de las vidrieras del vestibulo las inquietantes idas y venidas de tres aventureros. No leja de él sin que D. Casto se apercha, alguien vela también oculto tras un árbol. ¿Es Júdez? Algunos momentos de conludubrio son buscantes para que los dos hombres se pongan de acuerdo con objeto de vigilar a Diana Monti. Mientras Júdez y D. Casto acechan desde la esquina de la calle, los tres aventureros atraviesan rápidamente la calle zamborizando el cuerpo del viejo guarda que aun conserva sus sólidas ataduras y reforzándole en un automóvil que les está esperando arruinan a toda velocidad, sin darse cuenta de que el auto de Júdez les sigue y de que cada vez está más cerca de ellos.

Los dos coches han salido a campo raso y se encuentran muy cerca el uno del otro. El chauffeur de Júdez, con una habilidad maravillosa, ejecuta una atrevida maniobra que su dueño acaba de ordenarle. Adelantándose a los bandidos, con un brusco movimiento les impide el paso, poniéndose a travessado en el camino. Júdez y D. Casto saltan a tierra con el revólver en la mano: los aventureros descienden también armados. Amoury rompe el fuego, pero D. Casto le contesta e de un certero disparo le derriba mientras huyen sus cómplices.

A los pocos instantes el anciano Kerjean, a quien sus protectores han desatado, respira con delicia el aire puro de la campiña, y a toda velocidad se dirige al Castillo Rojo en el automóvil de Júdez.

NOVENO EPISODIO CUANDO EL NIÑO APARECIÓ

Profundamente emocionada por la decrepitud mental del prisionero de su hijo, ya hemos visto que la señora de Tremense había abandonado toda idea de venganza contra Farranx. Además ha decidido venir en su auxilio de la desgraciada Bianca, y es por eso que la vemos instalada en compañía de su hijo Rogelio en la hermosa villa que posee en la Costa de Azur, y dando hospitalidad a la hija del banquero, a Juanita y al inseparable camarada de este, el Sardinilla.

A la fresca sombra de las palmeras, y comedio de un panorama espléndido al que sirve de fondo el azul intenso del Mediterráneo, Bianca pasa instantes deliciosos entre su bienhechora y Rogelio de Tremense. Sin embargo a pesar de su dicha aparente, está pensativa; la imagen lejana del excéntrico Vallieres, ocupa a menudo su espíritu deplorando la ausencia del hombre que tantas pruebas de bondad le ha dado.

Pero mientras ella vive en su sentimiento a la señora de Tremense, la cual le da aurientes noticias del que ella hace pasar por hermano suyo, Vallieres se encuentra allí al lado en una quinta vecina. El también ha venido a instalarse en la casa de Provenza con su demente prisionero y con el fiel guarda Kerjean, con la esperanza de que el dulce clima del Mediterráneo devolverá la calma a su espíritu desequilibrado.

Mientras el desgraciado Farranx pasa horas y horas en el jardín frondoso bajo la vigilancia del viejo Kerjean, Júdez que ha vuelto a ser de

nuevo Jaime de Tremense, se dirige a casa de su madre la cual le presenta a Blanca, haciendo creer a ésta que su hijo vuelve tras larga estancia en las colonias.

La hija del banquero acoge al recién llegado con gran amabilidad, sin embargo, examinando a hurtadillas el rostro de éste, se da cuenta de que no le es desconocido y llena de inquietud se pregunta de repente:—¿Dónde he visto yo este hombre?

Juanito y su amigo el Sardinilla han hecho también amistad con Jaime de Tremense al cual parece gustarle mucho con niños, y que calma a éstos de caricias; a pesar de ello, Juanito ha quedado en momento sorprendido, pues a él también le parece que no le es desconocido, aunque le es imposible precisar sus recuerdos, y su madre, a la cual ha confiado sus inquietudes, se esfuerza en preguntarle en vano con insistencia sin conseguir resultado alguno. Y la vida se desliza tranquila y reposada en la villa de Tremense, uniéndose en una deliciosa intimidad a todos sus habitantes: Juanito y el Sardinilla esperan con impaciencia la llegada de D. Casio, que a instancias de los niños, ha sido invitado a venir a pasar algunos días de descanso.

Hele aquí que llega a la estación, sonriente como de costumbre y lleno de alegría por volver a ver a sus amigos, sin apercibirse de que dos extraños viajeros que desde París le han seguido constantemente, acaban también de apartarse y no le pierden de vista aunque teniendo cuidado de no llamar su atención.

Estos dos misteriosas personajes no son otros que el aventurero Morales y su amiga Diana Monti, la cual va disfrazada lo mejor que puede con un traje de hombre.

Cardinalmente recibida en la villa de Tremense, D. Casio da la correr los días empleando su tiempo en largas conversaciones a la sombra de los frondosos árboles del parque, y en solitarias meditaciones sentado entre las rocas a orilla del mar inmenso, filosofando, mientras su mirada se pierde en el horizonte infinito.

Jaime de Tremense y Blanca, atrue seducidos también por aquella intimidad encantadora se pasean juntos frecuentemente, y en aquella dulce soledad de dos, el joven siente crecer su amor por la hija del banquero. Su secreto se le hace cada vez más pesado, y la confesión está pronta a brotar de sus labios cuando murmura dulcemente:

—Yo estaba al corriente de todas sus desgracias por mi tío Vallières que me las había sacado... y antes de conocerla ya me inspiraba V. un interés vívido.—Y Blanca se ruboriza y baja la vista al esconchar aquella voz sincera que le intriga tanto como el rostro del que le habla:—¿Dónde ha podido ver a aquel hombre?... ¿cómo es posible que sus recuerdos se turben hasta este punto?

En día en que D. Casio se entregaba a sus reflexiones, Diana Monti y su cómplice estaban parados en la carretera que nomina las rocas, explorando los alrededores con ayuda de unos potentes gemelos. De repente descubren un espectáculo que les arranca una exclamación:—¡Esvrañs! Y así es: en la villa en que Jodex ha conducido a su príncipero, puede verse en una terraza llena de flores, al ex banquero sentado en un banco contemplando el mar con mirada vaga. Cerca de él se encuentra un centinela el anciano Kerjean, atento a los menores deseos del demente.

En el parque de la villa de Tremense, Juanito y el Sardinilla juegan con una pelota, y bien pronto arrastrados por el interés de la partida, trun-

quean la reja para ir a jugar más lejos en la cercana carretera en la que las grandes ramas de las palmeras y de los macizos de rosas no serán un obstáculo a su distracción favorita. Vuelven a empezar la partida con más ardor que antes, pero de repente, a causa de un golpe mal dirigido, la pelota desaparece por encima del muro de una propiedad cercana. En aquel los dos niños desolados. ¿Qué hacer? Pero bien pronto encuentran una solución.

El Sarcinilla expulsa a un perro que duerme en una carretilla que se encuentra al borde del camino y gracias a este objeto que les sirve de entre-



ba, Juanito que se sirve de los brazos de un anciano como de escalera se alza sobre el muro y bien pronto sigue el camino de la desdichada pelota. Pero esta ha estado rodando hasta los pies del banquero, el cual, solo en aquel momento, se ha apoderado de ella y la mira y la remota sin comprender lo que es, cuando Juanito que ha seguido la huella de su juguete llega por fin ante el banquero y se la pide. Fervorosamente levanta la cabeza y ante los rubios buches del niño su mirada pierde su extraña fijación. Juanito le contempla a la vez extrañado y lleno de alegría, y de repente, dejando habitar su corazón, se precipita entre los brazos del desgraciado lanzando un grito que hace estremecer hasta las más recónditas fibras de aquel pobre espíritu adormecido.

— ¡Abuelo!

Se ha producido un milagro. Ante las inocentes miradas del niño, y bajo las amantes caricias que éste le prodiga, Fervoros ha sentido de nuevo iluminarse su inteligencia. Coge en sus brazos al niño y escondiéndose entre un espeso manto, le besa y le despide diciéndole:

—Le dirás a tu madre que me has visto...

V mientras Juanito va a reunirse con su camarada y con el vucive corriendo a la villa de Tremense, el anciano Kerjean inquirió por la desaparición de su prisionero; se pone en su busca y lo encuentra al fin oculto en un matorral y continuando, por lo menos en apariencia, sumergido en su eterno estado de vaguedad.

Momentos después de este encuentro, Juanito hace irrupción en la terraza de la villa de Tremense, e inmediatamente transmite a su madre el mensaje que le habían dado. Es de suponer la estupefacción de Blanca al enterarse de la presencia de su padre, y da cuenta de ello a la Condesa y a sus hijos. Julex, viendo un secreto descubierta, se precipita con ella hasta la villa en la que Favraux está internado y guiados por Juanito llegan hasta el banco que ocupaba el banquero momentos antes, pero de repente se paran llenos de estupor: el banco está vacío, y cerca de él, Pedro Kerjean está amorozado y solidamente atado a un árbol.

—He sido amorozado por sorpresa... no sé por quién...

Mientras ocurrían los sucesos que acabamos de relatar, el banquero Favraux llegaba a un puerro cercano, conducido por sus libertadores, pues por tales se habían pasado Diana Monti y Morales; estos, que se habían apoderado de su persona, se disponían a embarcarlo en su compañía, a bordo de un buque de vela fletado por ellos. Apoyada a la barandilla Diana Monti se presenta al banquero:

—Soy María Verdier, la ex institutriz de su nieto. Este es mi hermano gemelo al que espero arrancar a V. de manos de sus carceleros.

Favraux lleno de extrañeza le hace innumerables preguntas. Un gran misterio envuelve su vida y los meses que ha pasado en un estado cercano a la locura, no le permiten encadenar los hechos, de los que ha sido el principal actor, Diana Monti le da detalles más precisos, y relata al banquero una historia fantástica, en la cual ella se atribuye un papel heroico.

—A fin de escapar a toda persecución, añáde, iremos por mar a Castejo a Port Vendres; en allí nos dirigiremos a París, donde se pondrá V. bajo la protección de la Justicia y su fortuna le será devuelta.

El nombre de Julex, veinte veces repetido en el relato de esta aventura, intriga a Favraux:—¿Quién es este Julex?

Y Diana le responde:

—Julex, es él, quien no lejos de aquí, tiene todavía en su poder a la hija de V. y a su nieto.

Favraux que ha consentido huir de sus libertadores, piensa en aquel momento en las seres queridos, de los que le han hecho creer que son víctimas de Julex, y sintiendo el deseo de arrancárselos de las manos de sus perseguidores, dice:

—No quiera alejarme de esta villa sin mi hija y sin mi nieto.

Y Diana, como respuesta al deseo del banquero, le tiende una hoja de papel y una pluma estilográfica, diciéndole:

—Escríbame a su hijo que venga a reunirse con V. Yo haré que la carta llegue a su poder.

DÉCIMO EPISODIO EL CORAZÓN DE BLANCA

D. Castejo no puede arrancarse a los encantos de aquel rincón delizoso de la Costa de Azur y dándole un crédito de la Agencia Celeritas, pro-

longa su estancia, paseando a la ventura, tan pronto bajo los maranjes, tan pronto por la cerzana playa en la que el mar con su agitación eterna parece atraerlo y producir en su espíritu las más dulces emociones. Como de costumbre puede vérselo deslizándose aquella mañana sobre los guijarros de la orilla y aspirando a plenos pulmones las salinas emanaciones de la brisa.

Cerca de la entrada de una villa, y sobre una anfora de forma antigua, D. Casio descubre de repente una salina de baño que parece en espera de su propietario, y en vista de lo frío que está el tiempo exclama:

— ¿Quién demonios puede atreverse a bañar con un frío semejante?

A lo lejos entre la espuma de las olas, una forma blanca se agita y juguetea. D. Casio la descubre y sacando de su bolsillo unos papeles, se pone a observarla.

— ¡Calla, calla!... pero si es una mujer... y además guapa... — murmura sonriendo el galante D. Casio.

Y he! aquí que se acerca a la orilla. La bañista sale del agua, graciosa y ligera, haciendo resaltar aun más la suprema belleza de sus líneas, con un traje de baño de seda negra.

D. Casio no puede ya contenerse y cogiendo la salida de baño, se adelanta al encuentro de la intrépida nadadora, completamente decidido a alabar la belleza y el encanto de la escultural figura de esta, cuya por otra parte completamente metecida.

Al acercarse a la bañista, reconoce en ella con sorpresa a Miss Daisy Torp, una nadadora del Nuevo Continente, de la que en otro tiempo estuvo muy enamorado. Muy contentos de volver a encontrarse, se abrazan y el amor que sólo estaba dormido, se despierta más violento que nunca, y se dan cita para aquella misma noche.

— A las ocho en el muelle.

Mientras tanto, en casa de la Sra. de Tremense, Blanca estaba inconsolable por la desaparición de su padre, y de cuenta de su pena a la condesa, diciéndole con voz entrecortada por los suspiros:

— Ah, si tu hermano, el bondadoso Valientes, estuviera aquí... me guiaría, me aconsejaría...

Y mientras la Sra. de Tremense la acaricia y la consuela la mejor que puede, cerca de allí, medio oculta por las rosas que crecen a lo largo de las paredes de un cenador, Indes la oye y sonríe, decidido a realizar lo más pronto que pueda el deseo de Blanca.

He aquí por lo que, el Serónilla que estaba absorto en la lectura de un periódico, percibe de repente en el extremo de un sendero, un visitante inesperado, al que coge con su habitual franqueza:

— ¡Calla! ¡el Sr. Valientes!

Es de suponer la sorpresa y la alegría de Blanca a la llegada de un bondadoso protector.

Cuando está explicando las causas de su pena, un desconocido le entrega una carta. Fértilmente raspa el sobre, pues ha reconocido la escritura de su padre; y con voz que la emoción hace temblar lee estas palabras:

Mi querida hija:

Al fin estoy libre y quisiera volverte a ver. Ven esta noche, a las ocho, al muelle con Juente. Si tal es tu deseo, nada volverá a separarte de tu padre.

Favruux.

Blanca anuncia inmediatamente su intención de ir a la cita que le da

su padre, y busca con su mirada la aprobación del buen Vallieres, el cual le responde con trío sonri:

—No es hora, yo soy quien iré a esa cueva y juro que le traeré aquí a su padre.

Aquella noche, el bondadoso Vallieres convertido de nuevo en Juez, luego de abandonar su lecho y su peluca gris, atravesaba el parque guiado por los pálidos rayos de la luna. En su habitación, Blanca dejaba vagar su espíritu pensando en su pobre padre y en los terribles sucesos de que éste había sido víctima, cuando de repente su mirada cayó sobre la silueta de



Juez que en aquel momento desaparecía detrás de un matorral. De pronto una idea atravesó su mente: ¿Quién era aquel hombre?

Una sospecha se apodera de su ánimo. ¿Sería jugueto de una ilusión? Sin embargo le parecía...

A toda prisa se dirige a la terraza, y ante las cerradas persianas de su protector, le llama: —¡Vallieres! ¡Vallieres!

Nadie le responde. Entonces su inquietud aumenta; con rápido movimiento abra los postigos, y al encontrar la habitación vacía y el lecho intacto, entra con paso vacilante. Sobre una silla descubre la levita de su anciano amigo, y sobre el tocador una peluca gris y una barba postiza; su sorpresa y su inquietud aumentan. ¿Qué misterio era aquel?

La Señ. de Tremague, advertida por las voces de la joven, entra en aquel momento en la habitación de su hijo, y con rápida mirada se da cuenta de la situación. Llevándose a Blanca a su gabinete le hace sentarse y una vez instalada, abre su corazón a Blanca, descubriéndole el misterio de su vida y el secreto de Juez.

Mientras ocurrían estos sucesos, Jaime salía de la villa en compañía de Rogelio que se había reunido con él, y los dos hermanos se ponían de acuerdo para los últimos detalles; Rogelio, no muy seguro del resultado de aquella empresa, ofrece a su hermano un revólver que podría serle de gran utilidad, de presentarse la ocasión, pero Judex rechaza el arma, pues la que él lleva en el bolsillo le parece más eficaz: se trata de un pacífico carnet de cheques con el cual se propone allanar todas las dificultades. Como ter una muerte le repugna, y por su parte se contentará con pagar el rescate que por la persona de Favreau le pidan los aventureros que se han



apoderado de su persona. Y con paso rápido se dirige al puerto.

Sentado sobre un muelle, Judex espera la hora de la cita y deja vagar su mirada por la extensión de los amplios muelles, esperando descubrir quien comparecerá para conducirlo al lado de Favreau. Absorto en su pensamiento no repara en que un bote se destaca de un velero cercano y se dirige hacia él.

Diana Monti, que se ha puesto un traje de marinera. llevando en su mano un revólver, se pone detrás de él, y poco a poco se va acercando, hasta que por fin le interroga.

Sin emocionarse lo más mínimo, Judex le responde:

—Sí, espero a Favreau.

Diana echa entonces mano de las amenazas, pero Judex continúa impasivo. Con gesto rápido descubre a la aventurera, y sus cabellos al escapar de su gorra, ponen de manifiesto el sexo y la identidad de aque-

la. Separando el arma que Diana tiene en su dirección con actitud amenazadora le dice plácidamente:

— He venido a tratar el rescate de Favraux.

Ante semejante oferta, Diana se tranquiliza, y luego de haberse convencido que Judex no lleva consigo arma alguna, le invita a entrar en el bote y a dirigirse con ella hacia el navío.

D. Canto por su parte ha ido también a la cita que la linda Daisy le había dado en el puerto y de lejos la pareja ha reconocido a Judex. Presintiendo una aventura y juzgado útil intervenir en caso necesario, el buzo de D. Canto se ha disimulado con su compaña en la oscura esquina de un muelle, y desde allí pueden seguir todas las peripecias de la aventura.

Judex se embarca; la pequeña embarcación es un momento juguete de las alborotadas olas, pero Jaime de Tremouse continúa de pie, desafiando su alta estatura, sobre los tenebrosos personajes con los que iba a jugar la partida decisiva.

UNDÉCIMO EPISODIO ONDINA... Y SIRENA

Apenas había puesto Judex el pie en la cubierta del «Aiglon», cuando Miss Daisy Torp se desdoblaba y se arrojaba al agua, nadando hacia el buque, cuya silueta se destacaba sobre el oscuro fondo del cielo. Miss Daisy quería saber en qué paraba aquella aventura, pues en el fondo temía por la vida de Judex, del cual su amigo le había contado en pocas palabras las diferentes aventuras.

Mientras ella se iba acercando al buque, sin cuidarse del buzo de su novio, que no sabía qué hacerse con la ropa de la gentil nadadora, y que asustado por un mirón fuertísimo, acababa por perder en el mar su gorra arrastrada por el huracán, Judex había sido introducido por la aventurera en la cámara del barco, en donde no tardaba en encontrarse en presencia de Favraux, a quien era presentado como el torturador de Blanch y de su hijo.

Judex que en por un momento ha perdido su serenidad, dice su verdadero nombre al banquero, y éste que recuerda perfectamente su indigno modo de proceder para con la Sra. de Tremouse, comprende inmediatamente la razón de la conducta del joven con respecto a él. Sin embargo, insiste para que su hijo y su nieto Juanita vengán a reunirse con él a bordo del «Aiglon». Judex, después de afirmarle que Blanca y el hijo de ésta no corren ningún peligro en casa de la Sra. de Tremouse, se ve obligado a responderle señalando con gesto desafiante a Diana Monti y a su cómplice.

Puesto que ha recobrado la razón, bien podrá V. comprender, Favraux, que el hijo de su hija no está entre esta clase de gente.

Ante tal actitud, los dos aventureros pierden la paciencia y precipitándose sobre Judex, en un momento le atan y sujetan a uno de los pilares que sostienen el techo de la cámara.

Mientras estos sucesos tenían lugar a bordo, D. Canto, desde el muelle, hace grandes gestos y señales en dirección a la linda nadadora, a la que casi pierde de vista. Miss Daisy, aferrada al casco del «Aiglon», se tira con ayuda de un cabo que emerge de la borda, y consigue elevarse hasta el nivel del ventanillo del camarote, a través del cual asoma sin ser vista a todas las peripecias del drama.

Instantes después consigue llegar sobre cubierta, y sin que nadie se de cuenta de su presencia se desliza hasta el camarote en el que Judex está encerrado. En un instante y desembarazando a este de sus ligaduras, le dice:

—Soy la novia de D. Casto.

Mientras tanto el «Aiglon» larga sus amarras y zarpa lentamente hacia el Sur. Desde la villa de Tremetuse, Blanca y su bienhechora siguen con ansiedad las evoluciones de aquel extraño buque que abandona el puerto a una hora tan avanzada, destacando su silueta en el infinito del cielo, y



sobre cuyas velas ponía la luna la plata de sus rayos.

Sobre cubierta, Diana Monti y Morales están en gran conciliábulo; ambos habían afirmado a Favraz que pensaban depositar a Judex en tierra a pocas millas de allí, pero ante la actitud valerosa y flamática del joven, sus intenciones han cambiado. Con ayuda del patrón que fácilmente se deja convencer mediante unos billetes de banco, se deciden a arrojar al agua a Judex, y para preparar tan villana acción, Morales penetra solo en la cámara en que se encuentra el prisionero.

Pero Miss Daisy vigila, ayudada por Judex, se apodera del miserable, y segundos después éste es atado al poste en que aquel se encontraba poco antes, luego le envuelven en la amplia capa y por fin le tapan el rostro con un gran pañuelo negro.

Un instante después dos marineros del «Aiglon» penetran en el camarote por orden de Diana y apoderándose del prisionero, le suben a cubierta y desde allí rápidamente le arrojan al agua. Cerca de ellas la aventurera sonríe creyendo cumplida su venganza, mientras Judex, que acaba de sur-

gir detrás de ella, le pone una mano sobre el hombro; Diana se vuelve y queda helada de espanto al darse cuenta de la presencia de su enemigo.

—¿A quién acaban, pues, de arrojar al mar?

Judex responde a su muda interrogación, y le dice estas palabras que producen en ella terrible efecto:

—Su víctima no es otro que su cómplice, Roberto Kerjean, Morales.

Con increíble maestría, Judex toma el mando del buque, mientras que Miss Daisy, a quien nadie había visto todavía, vigila la tripulación. Judex se pone al timón y hace rumbo al puerto que había abandonado pocas horas antes; Favraux, subyugado por tanta audacia, no dice una palabra, creyendo en la del justiciero que le ha dicho:

—Ahora vamos a tierra a pedir a su hija que nos juzgue ella misma.

Diana Monti se da cuenta de que ha perdido la partida y con esperanza de alcanzar la costa y de escapar al castigo, se arroja al mar; pero el oleaje es muy fuerte, las fuerzas le abandonan y desaparece mientras Miss Daisy, que se ha lanzado en su socorro, trata en vano de encontrarla.

DUODÉCIMO EPISODIO PERDÓN DE AMOR

Inquieto, Rogelio se ha dirigido al puerto y allí espera la vuelta del buque, cuyas maniobras presencia desde la terraza del palacio. D. Castro por su parte se patea a grandes pasos por el muelle, presa de una agitación febril.

Como el trío aprueba, nuestro amigo se ha puesto el abrigo de su chaqueta, y como ya sabemos que el viento le había arrebatado su gorra, ha reemplazado ésta por el elegante y coquetón sombrero de Miss Daisy. Pero temiendo que aquella se repita, ha anudado su pañuelo a guisa de barbaqueño, sujetando de este modo sobre su cráneo medio calvo la toca de raso blanco que da a su rostro una expresión original y chusca en extremo; que la agitación del personaje hace aumentar todavía. En vano, como un nuevo Orfeo, pide a grandes voces que le devuelvan su novia, su voz desahogada se pierde en el ruido ensordecedor de las olas.

El «Aiglon» ha zochado a poca distancia del muelle; Judex y Favraux se han instalado en un bote y desembarcan cerca del sitio en que Rogelio les espera.

El banquero da muestras de inquietud, y sigue a sus compañeros con inseguro paso; Judex le ha asegurado que le conduce cerca de su hija. ¿Será esto cierto? Sus voces han sido oídas desde la villa de Tremouse; el anciano Kerjean viene a aburles. Favraux reconoce de repente a su antiguo carretero, su rostro se contrae e inmediatamente retrocede. ¿Le habrán tendido un lazo?

—No, Favraux; esta no es una trampa—le dice amablemente Judex—Jaime de Tremouse le ha perdonado.

Instantes después Favraux se encuentra en presencia de Blanca y de Juanito. Mientras que la joven, de rodillas ante él, es presa de la más viva emoción, y el banquero estrecha entre sus brazos a su nieto, Judex contempla esta escena conmovida, lleno de alegría por haber perdonado, pero inquieto en el fondo. Cuando Blanca sepa toda la verdad, ¿acaso le perdonará también ella?... y además ¿será amado como él desea serlo?

Dejando aquellos tres seres entregados a su dicha, Julex va a dar parte de sus temores a su madre, pero ésta le tranquiliza:

—Blanca se ha enterado de todo y me he visto obligada a descubrirle toda nuestra conducta, además le he dado cuenta del sentimiento que ella te inspira.

Julex tiembla al escuchar esta declaración y añade:

—¿Qué debo pensar, madre mía?

Y la Sra. de Tremense le responde con la más bondadosa de sus sonrisas:

—Hijo mío, Blanca lo sabe todo y te ama.

Una gran alegría invade el ánimo de Julex, y volviendo al lado del banquero, le dice:

—Ahora que está V. libre, Favraz, júzguese.

Favraz se ha levantado y le responde:

—Conducíame ante la Sra. de Tremense.

Comprendiendo entonces toda la indignidad de su conducta pasada, y presa de los más profundos remordimientos, cae de rodillas delante de aquella que había tan villanamente ofendido.

La Sra. de Tremense se levanta, y con voz apagada por la emoción le dice, señalando a Blanca y a Juanito, que se han acercado a ella:

—Por su hija y por este inocente, le hemos perdonado.

Contempla luego a Blanca y a su hijo, cuyas dulces miradas delatan su ardiente pasión, y con gesto maternal y tierno, coge las manos de los jóvenes y las une.

Mientras estos sucesos se desarrollaban en la villa de Tremense, Don Casto, cada vez más inquieto por la suerte que haya podido correr su novia, ha tomado una barca y se ha lanzado en su busca, pero el Sardinilla temiendo que le ocurra cualquier accidente a su excelente amigo, suplica a Rogelio que le acompañe hasta el puerto, y una vez allí, van desbarcar a D. Casto en compañía de Miss Daisy, a la que al fin ha encontrado.

Al siguiente día el anciano Kerjean se pasa melancólico por la playa contemplando aquel mar que ha servido de tumba a su hijo: y tristemente piensa que sin aquella miserable aventurera, sin Diana Monti, su hijo no hubiera jamás abandonado el camino recto, y una cólera sorda se enciende en el interior de su pecho. ¡Ah, si pudiera apoderarse de ella!, de fijo que aquella vez no se le escaparía. Las olas entre tanto se deshacen furiosas a sus plantas, inundando de espuma los gajarras de la orilla y cubriendo y descubriendo en su continuo movimiento una forma humana, un cadáver.

Kerjean se acerca y reconoce con no poca sorpresa en aquel cadáver a la que fue el ángel malo de su hijo, y a la que las olas habían arrojado a sus pies como diciendo:

—Ya estás vengado, Kerjean. La Justicia se ha cumplido.

EPÍLOGO

Ha pasado algún tiempo; el ex-banquero Favraz, muerto civilmente, vive y se arrepiente en el más profundo retiro.

D. Casto que se ha casado con su novia, y que ha adoptado al Sardinilla, goza de la tranquila alegría del hogar, y a su vez se esfuerza por convertirse en ovidio, pero siempre prudente, toma sus lecciones de nata-

ción sobre una mesa, bajo la cariñosa dirección de Miss Duixy y en presencia del Sardinilla, que se destornilla de risa ante los movimientos de su padre adoptivo.

El anciano Kerjean ha puesto en Jugueto el cariño que hubiera dedicado a su hijo, de haberlo éste merecido, y vive al lado de la Sra. de Tre-



meuse y de Rogelio, mientras que Jaime y Blanca se han ido a hacer su viaje de bodas a un país lejano; en un país en que las nubes tienen la suavidad de una caricia, y en el que la luna pone la plata de sus rayos sobre un paisaje de una belleza infinita.





Mr. Ed. Mathe
en el papel de

Rogelio de TREMEUSE



Mr. Levesque
en el papel de

D. CASTO



Minutiyo
en el papel de

SARDINILLA

